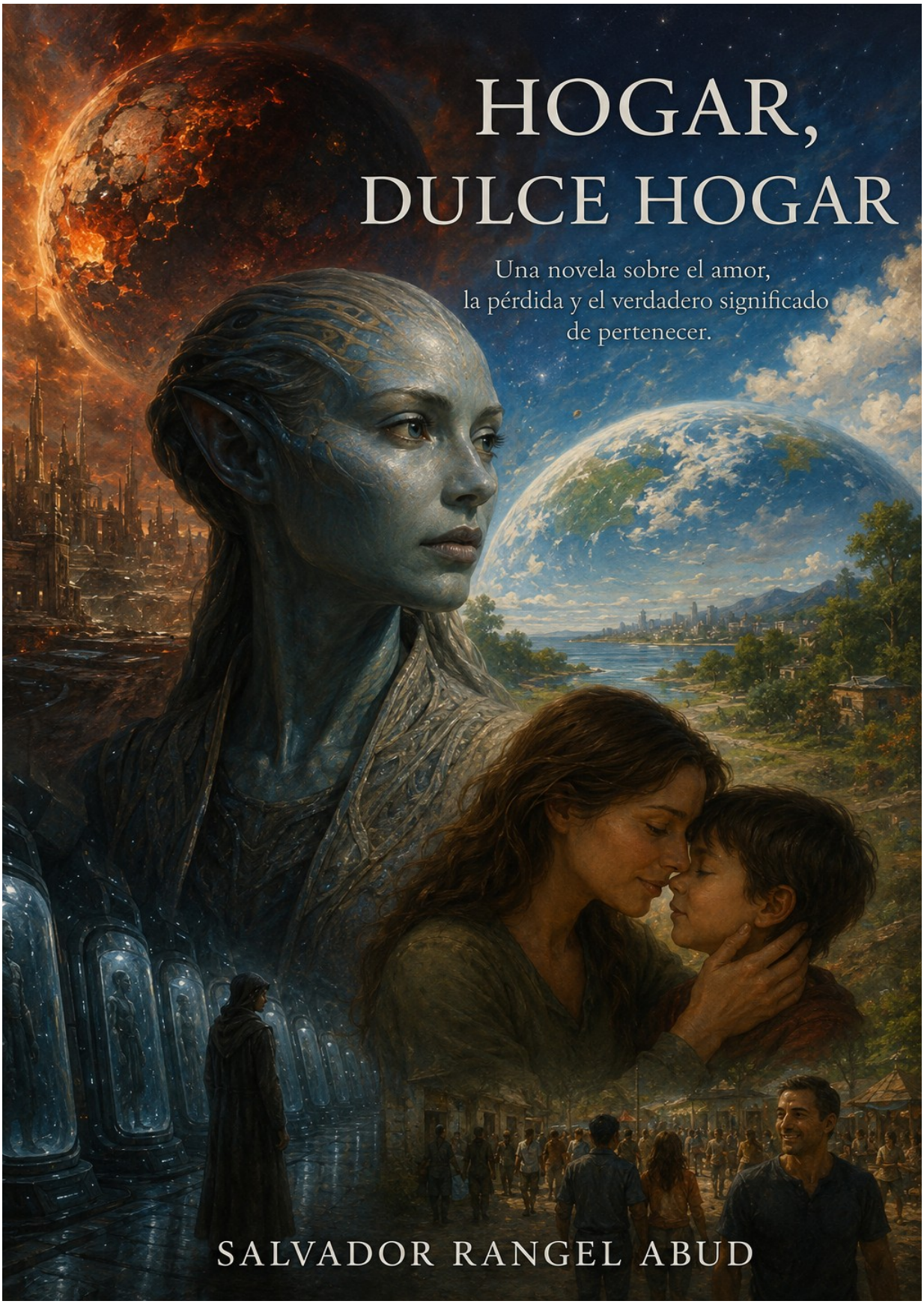
HOGAR,
DULCE HOGAR
Una novela sobre el amor,
la pérdida y el verdadero significado
de pertenecer.
SALVADOR RANGEL ABUD

HOGAR, DULCE HOGAR

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En un universo donde civilizaciones enteras han aprendido a sobrevivir eliminando casi toda forma de sufrimiento, una visitante procedente de una especie extraordinariamente antigua llega clandestinamente a la Tierra y descubre un mundo que parece organizado alrededor de todo aquello que su propia cultura consideró durante millones de años una imperfección: emociones contradictorias, vínculos frágiles, pérdidas inevitables y seres conscientes que continúan buscando amor, sentido y pertenencia aun sabiendo que nada de ello durará para siempre.

Dotada de una capacidad excepcional para percibir pensamientos, emociones y resonancias interiores de quienes la rodean, Uga-siel inicia un recorrido silencioso por distintas culturas humanas mientras intenta comprender qué existe en la experiencia terrestre capaz de producir una intensidad afectiva prácticamente desconocida para civilizaciones mucho más antiguas, estables y racionales.

HOGAR, DULCE HOGAR es una novela de ciencia ficción filosófica y existencial que utiliza la mirada de una conciencia no humana para interrogar aquello que suele permanecer invisible por estar demasiado cerca de nosotros: la fragilidad de los vínculos, la necesidad de pertenecer, el peso de la memoria, la soledad de las sociedades modernas, la extraña dignidad del sufrimiento compartido y la obstinación humana de construir significado dentro de un universo que no promete permanencia.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene reflexiones prolongadas sobre pérdida, duelo, exilio, aislamiento existencial, memoria colectiva, muerte, vulnerabilidad emocional y transformación interior. Aunque no se trata de una obra centrada en violencia explícita ni horror gráfico, su tono general es profundamente introspectivo y melancólico, con pasajes dedicados al sufrimiento humano, la soledad contemporánea y las heridas históricas que sobreviven dentro de pueblos, familias y conciencias individuales.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Su obra narrativa explora con frecuencia la ciencia ficción, la reflexión filosófica, la crítica social, la historia, la imaginación especulativa y los dilemas éticos de la condición humana.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: *HOGAR, DULCE HOGAR*

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Ciencia ficción filosófica / Novela existencial / Ficción especulativa

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Lal-etom, sistema Mar-et-45, y diversas regiones de la Tierra

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta íntima y filosófica: ¿qué pierde una civilización cuando, en su búsqueda de estabilidad, logra eliminar casi por completo el sufrimiento? A partir de esa pregunta, *HOGAR, DULCE HOGAR* imagina la llegada de una visitante no humana que observa a la humanidad no desde la superioridad tecnológica ni desde el asombro turístico, sino desde una forma de sensibilidad capaz de percibir aquello que casi siempre permanece oculto: el pensamiento íntimo, la emoción no dicha, el dolor que las personas cargan en silencio y la necesidad profunda de ser reconocidas por otros.

La ciencia ficción funciona aquí como una herramienta para mirar de nuevo lo humano. La novela no busca presentar a la Tierra como centro del universo ni a la humanidad como una especie superior, sino preguntarse si precisamente nuestra fragilidad, nuestra mortalidad y nuestra incapacidad de protegernos completamente del dolor son también las condiciones que hacen posible ciertas formas de amor, memoria, compasión y pertenencia.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa.

Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

ciencia ficción filosófica · conciencia · telepatía · humanidad · exilio · memoria · fragilidad · duelo · pertenencia · hogar · civilizaciones extraterrestres · pensamiento humano · novela existencial · ficción especulativa · identidad · sufrimiento · amor · soledad · sentido de la vida · literatura en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la fragilidad humana no como simple debilidad biológica, sino como una condición capaz de producir formas profundas de vínculo, compasión y significado. A través de la mirada de Uga-siel, una visitante procedente de una civilización que ha aprendido a controlar casi por completo el sufrimiento, la obra examina la paradoja de una humanidad emocionalmente contradictoria, vulnerable y conflictiva que, sin embargo, conserva una capacidad extraordinaria para amar, recordar y construir sentido dentro de vidas inevitablemente temporales.

También aborda la tensión entre conocimiento y experiencia, entre observar una realidad desde afuera y comprenderla desde dentro. La capacidad de Uga para percibir pensamientos ajenos no le concede una comprensión absoluta de los humanos; por el contrario, la enfrenta a la complejidad irreductible de una especie que piensa, desea, teme y ama de manera simultánea. En esa tensión se despliegan temas como el exilio, la memoria colectiva, la soledad de las sociedades modernas, la comunidad como forma de resistencia emocional, la relación entre sufrimiento y pertenencia, y la posibilidad de que el hogar no sea un territorio de origen, sino una red de presencias cuya pérdida sería insoportable.

CITAS DESTACADAS

“Hay algo aquí que no es cognoscible desde afuera. Hay algo que solo se comprende desde adentro.”

“La representación más perfecta del dolor no es el dolor.”

“Los humanos seguían amando dentro de un universo indiferente y precisamente esa ausencia de garantías volvía extraordinariamente valiosos los pequeños actos de cercanía cotidiana.”

“El hogar jamás había sido únicamente un planeta ni una localización física específica, sino el conjunto de presencias, vínculos y experiencias cuya pérdida terminaría resultando emocionalmente insoportable para una conciencia.”

“Algunas formas de significado no necesitan durar eternamente para justificar plenamente su existencia.”

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con ciertas obras de ciencia ficción filosófica encontrarán en *HOGAR, DULCE HOGAR* un territorio cercano al de Ursula K. Le Guin, Stanisław Lem, Arthur C. Clarke y Ted Chiang, no por imitación temática directa, sino por el uso de una premisa especulativa como instrumento para examinar preguntas humanas fundamentales.

La novela también dialoga con tradiciones filosóficas relacionadas con Kant, la fenomenología y la narrativa existencial, en la medida en que distingue entre conocer una experiencia desde la razón y comprenderla desde la vulnerabilidad de haberla vivido. En ese sentido, la obra se acerca menos a la ciencia ficción de invasiones o batallas espaciales y más a una ciencia ficción de conciencia, donde el acontecimiento principal no es la llegada de una inteligencia extraterrestre a la Tierra, sino la transformación interior que ocurre cuando esa inteligencia descubre que no todo conocimiento puede adquirirse desde la distancia.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Puede una civilización alcanzar niveles tan altos de estabilidad emocional que termine perdiendo acceso a ciertas dimensiones fundamentales de la experiencia consciente?

¿La fragilidad humana debe entenderse solo como una limitación evolutiva o también como una condición que hace posibles el amor, la memoria y la compasión?

¿Puede alguien comprender verdaderamente una experiencia si permanece siempre fuera de ella?

¿Qué diferencia existe entre conocer el dolor de manera conceptual y vivirlo directamente?

¿La capacidad de leer pensamientos acercaría realmente a una conciencia a los demás o podría volver todavía más evidente la imposibilidad de comprender por completo a otro ser?

¿El hogar es el lugar donde una conciencia nace o el conjunto de vínculos cuya pérdida se vuelve emocionalmente insoportable?

¿La eliminación del sufrimiento produciría necesariamente una forma superior de existencia, o también podría empobrecer la intensidad de la vida consciente?

¿La humanidad es valiosa a pesar de su fragilidad o precisamente gracias a ella?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Hogar, dulce hogar*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Hogar, dulce hogar*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Hogar, dulce hogar*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una amplia obra narrativa publicada en acceso abierto. Su producción abarca ciencia ficción, thriller científico, sátira política, ficción filosófica, drama psicológico, comedia negra, crónica costumbrista, novela histórica, thriller médico, fantasía especulativa, literatura de ideas y exploraciones narrativas sobre México, la ciencia, la ética, la memoria y la condición humana.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

HOGAR, DULCE HOGAR parte de una intuición sencilla pero radical: quizá lo que vuelve humana a la humanidad no sea su inteligencia, su tecnología ni su capacidad de dominar el mundo, sino su insistencia en amar, recordar y construir sentido aun sabiendo que todo cuanto ama, recuerda y construye está destinado a desaparecer.

En un tiempo donde muchas formas de progreso prometen reducir el sufrimiento mediante control, eficiencia y distancia emocional, esta novela propone mirar la fragilidad desde otro lugar. No como fracaso de la conciencia, sino como una de las condiciones que permiten la ternura, la memoria y la pertenencia. Tal vez ningún universo necesite saber que la Tierra existe para que lo ocurrido en ella sea real. Tal vez algunas formas de significado no necesitan durar eternamente para haber valido la pena.

ÍNDICE

Prólogo: **Un lugar oscuro, ardiente y maloliente**
Capítulo I: **La fricción del nacer**
Capítulo II: **El silencio como afecto**
Capítulo III: **La hiper conexión del vacío**
Capítulo IV: **La alegría que resiste**
Capítulo V: **Las verdades que ellos también intuyeron**

Capítulo VI: **El orden que también aprisiona**
Capítulo VII: **La memoria que no cede**
Capítulo VIII: **No era la primera**
Capítulo IX: **Lo que la Tierra le hizo**
Capítulo X: **Portadores de una cualidad rara**
Capítulo XI: **Aprender a llorar**
Capítulo XII: **Hogar**
Epílogo: **Lo que el universo no sabe todavía**

HOGAR, DULCE HOGAR
Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Un lugar oscuro, ardiente y maloliente

Lal-etom. Sistema Mar-et-45. Tres siglos antes del colapso.

Los Ak-zal no tenían una palabra para designar la catástrofe.

No porque ignoraran que Mar-et-45 estaba muriendo —los observatorios astronómicos lo confirmaron con precisión rigurosa varios siglos antes de que el colapso se volviera irreversible— sino porque su civilización había aprendido, a lo largo de millones de años, que toda forma organizada de materia estaba destinada a transformarse. La destrucción de un sistema planetario era una modificación del equilibrio cósmico. No una pérdida. No una tragedia. Simplemente: otra configuración del universo. Y una civilización suficientemente madura, según la doctrina que los Ak-zal habían elevado a principio rector de su existencia colectiva, debía ser capaz de contemplar esa configuración sin temblar.

Fue con esa serenidad que el Consejo de Ancianos recibió los cálculos definitivos.

La sala donde sesionaba el Consejo era un espacio de piedra clara y luz difusa, construido hace tanto tiempo que nadie recordaba ya el nombre del arquitecto que lo había concebido. Las voces dentro de aquel recinto no resonaban; simplemente existían durante el tiempo preciso en que eran pronunciadas y luego desaparecían, absorbidas por las paredes con la misma discreción con que el cosmos absorbe las estrellas. Era un lugar diseñado para pensar sin emoción. Para decidir sin apego. Para contemplar el fin de las cosas con la ecuanimidad de quien ha comprendido que nada, en última instancia, le pertenece del todo.

Nadie discutió las cifras. Nadie formuló proyectos desesperados de salvación. El Anciano que presidía la sesión —Vor-saal, de quien Uga había escuchado hablar durante toda su vida académica como de una inteligencia sin igual en la historia reciente de la especie— expuso la propuesta con la misma calma con que habría presentado los resultados de un experimento rutinario.

—La solución es técnicamente irreprochable —dijo Vor-saal, y su voz tenía esa cualidad particular de las voces que han aprendido a no necesitar que nadie las contradiga—. Construiremos cápsulas de latencia cuántica capaces de conservar durante eras enteras los patrones mentales de millones de individuos. Una conciencia suspendida no experimenta pérdida. No sufre la espera. Desde el punto de vista lógico, es el único camino coherente con nuestra comprensión de la existencia.

Nadie en la sala respondió de inmediato. No porque dudaran, sino porque entre los Ak-zal el silencio posterior a una proposición importante era una forma de respeto intelectual: el tiempo necesario para que la razón evaluara sin interferencias emocionales. Uga observó los rostros a su alrededor. Serenidad. Asentimiento callado. La expresión de quienes han integrado ya, antes de que la sesión comenzara, aquello que la sesión apenas estaba formulando en voz alta.

Entonces habló el único Anciano que quedaba de la generación anterior a la de Vor-saal. Se llamaba Kel-mithar y era tan viejo que algunos miembros jóvenes de la Academia dudaban de que su mente continuara operando con plena coherencia. Se equivocaban.

—Una conciencia suspendida —dijo Kel-mithar, con la lentitud de quien mide cada palabra no por cortesía sino porque genuinamente no le sobra ninguna— es una conciencia que ha dejado de experimentar. Y una conciencia que ha dejado de experimentar, ¿en qué sentido exacto sigue siendo una conciencia?

El silencio que siguió fue de otra naturaleza.

Vor-saal respondió con la precisión que lo caracterizaba:

—En el sentido en que sus patrones estructurales permanecen intactos. La identidad no requiere experiencia continua para preservarse. Requiere coherencia interna.

—La identidad —repuso Kel-mithar— no es solamente coherencia interna. Es también la suma de todo cuanto le ocurre a esa coherencia mientras existe en relación con el mundo. Suspender la experiencia no es conservar la conciencia. Es detenerla. Y una conciencia detenida es, en el mejor de los casos, un recuerdo de sí misma.

Nadie respondió. Vor-saal hizo un gesto apenas perceptible que entre los Ak-zal equivalía a reconocer que una objeción era filosóficamente interesante aunque prácticamente irrelevante. La sesión continuó. La propuesta fue aprobada por unanimidad.

Uga-siel salió de la sala antes de que terminara el protocolo de cierre.

Era investigadora de patrones cognitivos en civilizaciones emergentes, una especialidad considerada menor dentro de la jerarquía académica Ak-zal porque sus objetos de estudio —especies jóvenes, biológicamente inestables, emocionalmente ruidosas— rara vez producían conocimiento aplicable a los problemas reales de una civilización avanzada. Pero Uga llevaba décadas fascinada precisamente por eso: por el ruido. Por la incoherencia. Por la extraña vitalidad que parecía surgir en los seres conscientes de su propia fragilidad. Y la pregunta que Kel-mithar había formulado en aquella sala —¿en qué sentido exacto sigue siendo una conciencia?— llevaba años rondando dentro de ella bajo formas distintas, sin que hubiera encontrado todavía una respuesta que la satisficiera.

Había llegado a esa inquietud por una ruta oblicua.

Años atrás, mientras catalogaba archivos de exploración abandonados en los repositorios secundarios de la Academia, encontró una serie de informes incompletos sobre un planeta remoto del brazo de Orión, clasificado como biosfera secundaria de interés antropológico menor y designado con la referencia técnica TRR-7712-Azul. Lo que llamó su atención no fue el planeta en sí —una roca húmeda, geológicamente activa, habitada por una especie joven y ruidosa— sino el estado de los archivos. Cinco expediciones documentadas. Cinco conjuntos de informes que comenzaban con la precisión metodológica habitual de los Ak-zal y terminaban de manera abrupta, sin conclusión, sin regreso registrado. Como si el explorador hubiera dejado de escribir a mitad de una oración. Como si hubiera encontrado algo que no supo, o no quiso, traducir al lenguaje de su civilización.

Los expedicionarios desaparecidos no eran figuras conocidas ni sus misiones habían sido consideradas importantes. Nadie en la Academia había retomado la investigación. Los archivos llevaban siglos acumulando polvo digital en una carpeta de acceso restringido que Uga había desbloqueado casi por accidente.

Pasó meses estudiando los fragmentos disponibles, y luego más meses, y luego años. Era trabajo que hacía fuera de su horario oficial, en las horas muertas entre investigaciones reconocidas, con la discreción de quien sabe que aquello que le ocupa no es exactamente lo que debería ocuparle. Los informes previos al silencio describían siempre lo mismo: una especie extraordinariamente inestable desde el punto de vista emocional, capaz de amar y temer simultáneamente, de construir vínculos sabiendo que la muerte los destruiría, de conservar durante décadas recuerdos dolorosos que seguían modelando silenciosamente sus decisiones.

Aquella desorganización habría parecido patológica desde cualquier perspectiva Ak-zal. Y sin embargo, los exploradores que la describían parecían incapaces de alejarse de ella. Sus últimas entradas antes del silencio no tenían el tono frío del observador científico. Tenían el tono de alguien que está empezando a comprender algo que no estaba buscando.

La última entrada del quinto explorador, la más reciente de todas, decía solamente esto: *Hay algo aquí que no es cognoscible desde afuera. Hay algo que solo se comprende desde adentro. Y no sé si quiero regresar a un lugar donde eso no existe.*

Uga leyó esa frase cientos de veces durante años. La encontraba fascinante y perturbadora en igual medida, porque señalaba hacia algo que las categorías epistemológicas de su civilización no conseguían capturar del todo: la posibilidad de que existieran formas de conocimiento que la razón pura, por sí sola, fuera estructuralmente incapaz de alcanzar. Que hubiera verdades cuyo acceso requiriera no solamente inteligencia sino también vulnerabilidad. No solamente observación sino también participación. No solamente análisis sino también pérdida.

Fue entonces, con esa frase todavía resonando dentro de ella, cuando buscó a Kel-mithar.

Lo encontró en los jardines interiores de la Academia, sentado frente a un estanque donde crecían plantas de agua cuya especie Uga no supo identificar. Era una tarde de luz anaranjada, poco frecuente en Lal-etom, donde los días solían ser más blancos que dorados. El anciano no pareció sorprenderse de verla. Como si la hubiera estado esperando, o como si simplemente hubiera dejado de sorprenderse de cualquier cosa hace suficiente tiempo.

—Encontré los archivos de TRR-7712-Azul —dijo Uga sin preámbulo, porque entre los Ak-zal los preámbulos eran considerados una forma de desconfianza hacia la inteligencia del interlocutor.

Kel-mithar no respondió de inmediato. Observó el estanque durante un momento que podría haber durado segundos o minutos, y luego dijo:

—Lo suponía. Llevas años con esa expresión.

—¿Qué expresión?

—La de alguien que está intentando pensar algo que su propio lenguaje no le permite pensar todavía.

Uga se sentó junto a él en el borde de piedra del estanque. El agua estaba quieta. Las plantas de color indescifrable flotaban con una lentitud que parecía deliberada.

—El último informe —dijo ella— habla de algo que no es cognoscible desde afuera. Que solo se comprende desde adentro.

—Sí.

—¿Usted lo conoce?

Kel-mithar volvió a mirar el estanque.

—Conozco los archivos, si eso es lo que preguntas. Los leí hace mucho tiempo, antes de que los catalogaran en acceso restringido. Antes de que nadie decidiera que era mejor no seguir preguntando.

—¿Por qué nadie siguió preguntando?

—Porque la respuesta era incómoda —dijo Kel-mithar, y en su voz había algo que Uga identificó después de un momento como la forma específica de tristeza que produce haber comprendido algo demasiado tarde para que sirva de mucho—. Porque sugería que nuestra civilización, en su esfuerzo milenario por trascender el sufrimiento, había comenzado a perder acceso a ciertas dimensiones de la experiencia consciente que solo son posibles dentro de seres que no han trascendido todavía nada. Y eso no era una conclusión que el Consejo estuviera dispuesto a examinar.

—¿Usted cree que es verdad?

El anciano tardó en responder. Cuando lo hizo, no respondió exactamente la pregunta que ella había formulado, sino la pregunta que estaba detrás de ella.

—Creo —dijo— que hay una diferencia fundamental entre conocer la naturaleza de una experiencia y haberla vivido. Que la representación más perfecta del dolor no es el dolor. Que una conciencia que estudia la fragilidad desde la distancia de la serenidad absoluta puede comprenderla conceptualmente sin comprenderla en ningún otro sentido. Y creo que eso, para ciertos tipos de verdad, no es suficiente.

—Kant —dijo Uga de pronto, con el tono de quien acaba de reconocer algo.

Kel-mithar la miró por primera vez desde que ella había llegado.

—¿Cómo dices?

—Los humanos de TRR-7712-Azul tienen un filósofo —explicó Uga— que formuló algo similar hace aproximadamente dos siglos de su tiempo. Sostuvo que la razón pura tiene límites estructurales: que hay preguntas que la inteligencia puede plantear pero que nunca podrá responder únicamente desde dentro de sí misma, porque sus respuestas dependen de condiciones que están más allá de lo que la razón puede alcanzar por sus

propios medios. Llamó a esas preguntas las antinomias de la razón. Territorios donde el pensamiento puro se detiene ante sus propias fronteras.

—¿Y qué propuso hacer con esas fronteras?

—Trascenderlas —dijo Uga— no mediante más razón, sino mediante lo que él llamó la razón práctica. La experiencia moral. El acto de elegir y de actuar dentro del mundo, no solamente de observarlo desde afuera.

Kel-mithar asintió lentamente, con el gesto de quien reconoce en palabras ajenas algo que él mismo había intuido sin haberlo formulado jamás con esa precisión.

—Entonces —dijo— ese filósofo comprendió algo que nosotros hemos estado evitando comprender durante millones de años.

—O algo que hemos olvidado.

Permanecieron en silencio durante un tiempo. Las plantas del estanque continuaban flotando con su lentitud deliberada. La luz anaranjada de la tarde se oscureció gradualmente hacia algo más próximo al rojo.

—¿Vas a ir? —preguntó Kel-mithar finalmente.

Uga no fingió no entender la pregunta.

—Sí.

—¿Y si ocurre lo mismo que a los otros cinco?

—Entonces —dijo Uga— los archivos quedarán incompletos una vez más. Pero al menos habré entendido por qué.

El anciano no intentó disuadirla. Tampoco la alentó. Simplemente dijo, con esa voz lenta que parecía medir el peso de cada sílaba antes de pronunciarla:

—Lo que encuentres allí no podrás transmitirlo íntegramente a nadie que no haya estado. Esa es precisamente la naturaleza de lo que buscas.

—Lo sé —respondió Uga.

—¿Y aun así quieres ir?

—Precisamente por eso quiero ir.

Cuando llegó el momento de ingresar al sueño latente, tomó una decisión que ni ella misma comprendía del todo. Robó una cápsula ECO-245 destinada a exploración experimental, programó las coordenadas de TRR-7712-Azul —ese planeta sin nombre propio, ese lugar donde cinco investigadores Ak-zal habían dejado de regresar— y atravesó sola un corredor cuántico que ningún otro miembro de su especie habría elegido en ese momento.

No iba únicamente a estudiar a los humanos. Iba a entender por qué nadie que los había estudiado de cerca había querido marcharse. Y llevaba consigo la sospecha, todavía incómoda, de que la respuesta no estaba en los datos sino en algún lugar que los datos nunca habían podido alcanzar.

Durante el tránsito ocurrió algo que no estaba en ningún protocolo de exploración.

Por primera vez en toda su existencia quedó completamente sola dentro de su propia conciencia. No había otras presencias mentales. Ningún eco emocional compartido. Ninguna continuidad psíquica colectiva sosteniendo silenciosamente su percepción del mundo. El vacío que experimentó entonces le reveló hasta qué punto incluso los Ak-zal —incluso ella, que había dedicado su vida académica a estudiar la dependencia emocional de otras especies— dependían de la cercanía interior de otros para preservar la estabilidad individual.

La razón pura, concluyó en aquella oscuridad perfecta del tránsito interestelar, puede sobrevivir sola. Pero ninguna conciencia que haya conocido alguna vez la presencia de otra conciencia puede sobrevivir sola sin que esa soledad se convierta en una forma de mutilación.

La absoluta autonomía de la conciencia, idealizada durante siglos por las tradiciones filosóficas de su civilización, se parecía desde adentro a una forma extrema de aislamiento.

Cuando la cápsula atravesó la atmósfera terrestre y descendió entre los bosques nevados de Finlandia, Uga creyó todavía que había escapado únicamente de la destrucción material de Lal-etom y de la serenidad excesiva de una civilización que, en su esfuerzo por eliminar el sufrimiento, había comenzado lentamente a vaciar de intensidad la experiencia misma de existir.

Mucho tiempo después entendería que también había escapado de sí misma.

O más exactamente: que había venido a la Tierra a encontrarse con la parte de sí misma que su civilización jamás le había permitido ser.

CAPÍTULO I

La fricción del nacer

Finlandia. Carretera E75, a las afueras de Rovaniemi. Diciembre.

El frío llegó antes que cualquier otra cosa.

No la temperatura —Uga había procesado miles de datos climáticos sobre la Tierra y sabía con precisión de cuántos grados se trataba—, sino la sensación física del frío: el modo en que penetraba por la ropa inadecuada, endurecía los dedos, hacía doler los pulmones con cada inhalación. Había una diferencia, comprendió de inmediato, entre saber que algo duele y sentir el dolor.

Entre conocer la descripción de una experiencia y habitarla desde adentro. El organismo humano que habitaba era funcional pero torpe, recién calibrado para el entorno, y respondía al ambiente exterior con una intensidad que ninguna simulación había replicado fielmente. Los datos

eran exactos. La experiencia era otra cosa. Era, precisamente, eso que los datos no podían contener.

Se incorporó sobre la nieve con la torpeza de quien aprende a habitar un cuerpo que todavía no le obedece del todo. Las rodillas cedieron dos veces antes de que consiguiera mantenerse de pie. Los pinos a su alrededor eran altos, oscuros, cargados de nieve en las ramas superiores, y producían un silencio particular que no era ausencia de sonido sino presencia de algo más denso que el sonido: una especie de quietud que pesaba suavemente sobre todas las cosas, como si el bosque entero hubiera acordado tomarse un momento antes de seguir existiendo.

Luego llegó el ruido.

No el ruido del viento entre los pinos —ese era tolerable, casi musical—, sino el ruido mental. Incluso antes de encontrarse físicamente con otras personas, comenzó a registrar impulsos dispersos procedentes de individuos lejanos: ansiedad sin objeto claro, recuerdos inconexos, irritaciones triviales, miedos cotidianos que coexistían sin jerarquía dentro de una misma conciencia.

Entre los Ak-zal, la percepción compartida funcionaba como una sinfonía ordenada, donde cada voz encontraba su lugar dentro de un conjunto que tendía naturalmente hacia el equilibrio. Esto era otra cosa. Esto era estática. Superposición. Varias frecuencias simultáneas sin ninguna intención de resolverse, como si las mentes humanas no supieran —o no quisieran— ponerse de acuerdo consigo mismas.

Caminó hacia la carretera porque era la dirección que los datos cartográficos le indicaban. Cada paso era un esfuerzo pequeño e inesperado. La nieve cedía bajo el peso del cuerpo de un modo impredecible: a veces la superficie resistía y a veces se hundía hasta la rodilla sin previo aviso. No había manera de saber de antemano cuál sería el caso. Era, pensó, una metáfora demasiado obvia para el planeta al que acababa de llegar. Pero las metáforas obvias también son verdaderas.

La mujer que la encontró al borde de la carretera se llamaba Aino.

Uga lo supo antes de que ella lo dijera, porque percibió el modo en que el nombre resonaba dentro de su propia conciencia como una coordenada afectiva: algo que pertenecía a esa mujer con la misma naturalidad con que un color pertenece a un objeto. El automóvil se detuvo despacio sobre la nieve compacta del arcén. La puerta se abrió. Una cara redonda, seria, con mejillas enrojecidas por el frío y ojos de un gris claro que no expresaban sorpresa sino evaluación, asomó desde adentro.

—Entra —dijo en finlandés, y Uga comprendió el significado no por el idioma, que todavía no dominaba del todo, sino por el gesto inequívoco de la cabeza hacia el interior del vehículo.

Mientras la ayudaba a subir y la cubría con un abrigo que olía a lana húmeda y detergente de pino, Uga registró simultáneamente compasión,

desconfianza, cansancio físico, preocupación económica, recuerdos domésticos y una tristeza antigua cuyo origen la propia Aino parecía ignorar parcialmente. Lo extraordinario no era únicamente la cantidad de elementos coexistiendo dentro de aquella conciencia. Era que el ser humano continuara actuando normalmente pese a semejante complejidad interior. Que siguiera conduciendo, calentando el motor, alcanzando un termo sin preguntar si lo quería.

—Café —dijo Aino, y la palabra sonó menos a oferta que a diagnóstico.

Uga tomó el termo. El café quemaba. Lo bebió de todas formas, porque algo dentro de ella entendió que rechazarlo habría sido rechazar algo más que una bebida caliente. Aino observó el camino en silencio durante un rato largo. La carretera estaba casi vacía a esa hora. Los faros del automóvil abrían un túnel de luz blanca entre los árboles y la oscuridad del resto cerraba suavemente detrás de ellos, como si el mundo existiera únicamente en ese círculo pequeño de claridad en movimiento.

—¿Adónde vas? —preguntó Aino finalmente, sin apartar los ojos de la carretera.

—A Helsinki —respondió Uga, porque era la ciudad más grande del mapa y la respuesta que producía menos preguntas adicionales.

Aino asintió como si la respuesta confirmara algo que ya sospechaba.

—Yo voy hasta Oulu. Puedo dejarte en la estación de autobús.

—Gracias.

Silencio de nuevo. Un silencio que Uga aprendería a reconocer en las semanas siguientes como una característica específica de aquel país: no el silencio incómodo de quien no sabe qué decir, sino el silencio funcional de quien ya dijo lo necesario y no siente la obligación de añadir nada más. Era un silencio que respetaba la existencia del otro sin exigirle nada a cambio. Que no lo llenaba con palabras vacías simplemente para no sentirse solo. Entre los Ak-zal esa forma de convivencia habría sido natural; en una especie tan ruidosa como la humana, resultaba inesperadamente sofisticada.

—¿Estás bien? —preguntó Aino después de un tiempo, sin que hubiera cambiado nada visible en la situación que justificara la pregunta en ese momento preciso y no en otro.

—Sí —dijo Uga.

—No lo pareces.

—Acabo de llegar.

Aino asintió de nuevo. No preguntó de dónde. Esa contención también era, Uga lo comprendería después, una forma de respeto: la intuición de que hay preguntas que el otro responderá cuando esté listo, y que formularlas antes no acelera nada sino que simplemente lo incomoda.

Llegaron a la estación de Oulu entrada la madrugada. Aino detuvo el automóvil, dejó el motor encendido y esperó a que Uga abriera la puerta. Cuando ya tenía un pie afuera, en el frío seco del andén, Aino dijo sin mirarla:

—El primer invierno es el más difícil. Después uno aprende a encontrarle el ritmo.

Uga quiso preguntarle a qué ritmo se refería exactamente, pero la puerta ya estaba cerrada y el automóvil se alejaba con esa serenidad particular de las cosas que no sienten la necesidad de despedirse con demasiado ruido.

En Helsinki, los primeros meses fueron un ejercicio de supervivencia perceptiva.

Consiguió trabajo en una biblioteca universitaria porque era uno de los pocos entornos donde la concentración intelectual reducía parcialmente la dispersión mental circundante. Las estaciones de metro, los mercados, los bares llenos un viernes por la noche: corrientes simultáneas de ansiedad, deseo y miedo colectivo cuya intensidad ninguna preparación Ak-zal había previsto.

Las grandes aglomeraciones producían en ella algo físicamente parecido al mareo: demasiadas conciencias hablando al mismo tiempo, demasiados estados emocionales superponiéndose sin orden ni resolución. Los lectores de la biblioteca, en cambio, sostenían durante algunas horas un orden cognitivo relativamente estable. Allí la intensidad disminuía a niveles tolerables. Allí respiraba. Allí empezó, con cuidado, a estudiar.

Su supervisora directa era una mujer de unos cuarenta años llamada Päivi, eficiente y discreta, que le explicó el sistema de catalogación con la misma economía de palabras que Aino había usado en el automóvil. Uga aprendió los procedimientos en dos días y empezó a trabajar con una meticulosidad que Päivi observó con una expresión imposible de descifrar: entre la aprobación y algo más parecido a la curiosidad.

Al final de la primera semana, mientras cerraban juntas la sección de humanidades, Päivi dijo sin preámbulo:

—¿Estudiaste bibliotecología?

—No —respondió Uga.

—¿Entonces?

—Leo mucho.

Päivi consideró esto durante un momento.

—¿En qué idioma piensas? —preguntó, y la pregunta tenía una precisión que desconcertó a Uga, porque no era la clase de pregunta que uno hace por cortesía.

—En varios a la vez —respondió Uga, que era la respuesta más honesta disponible.

Päivi la miró un segundo más de lo habitual y luego apagó las luces de la sección sin decir nada más. Pero a partir de esa noche empezó a dejarle sobre el mostrador, al comienzo de cada turno, un libro distinto. Sin nota. Sin explicación. Simplemente un libro, a veces en finlandés, a veces en sueco, una vez en islandés antiguo, como si estuviera realizando un experimento cuyos resultados no le comunicaba a nadie.

Uga los leía todos. Päivi nunca preguntó si los había leído.

Fue en ese período cuando Uga comenzó a entender que los libros le explicaban únicamente aquello que los humanos afirmaban pensar sobre sí mismos. Los tratados filosóficos describían el deber, la virtud, la razón. Las novelas describían el amor, la traición, la soledad, la guerra. Los libros de historia describían las causas y las consecuencias de los grandes acontecimientos.

Todo ello era verdadero. Y todo ello era, al mismo tiempo, insuficiente. Porque la experiencia directa de las conciencias que la rodeaban cada día revelaba fuerzas mucho más profundas y menos visibles que cualquier libro había conseguido capturar del todo: miedo al abandono, necesidad de reconocimiento, culpa que persistía décadas después de que sus causas hubieran desaparecido, recuerdos emocionales que seguían modelando silenciosamente las decisiones de personas que creían haber superado ya aquello que los había formado.

Había una distancia, comprendió, entre lo que los humanos sabían de sí mismos y lo que eran en realidad. Una distancia que ningún esfuerzo intelectual parecía capaz de cerrar del todo. Y esa distancia no era una deficiencia. Era, sospechó, parte constitutiva de la condición humana: la imposibilidad de conocerse completamente desde adentro, de la misma manera en que el ojo no puede verse a sí mismo sin la mediación de un espejo.

Una tarde de febrero, mientras ordenaba volúmenes de filosofía moral en el tercer piso, escuchó sin quererlo a dos estudiantes que discutían en susurros en el pasillo entre las estanterías. Una voz de hombre, baja y tensa. Una voz de mujer que lloraba con esa forma específica de llanto que intenta no ser escuchado y por eso suena todavía más vulnerable. Uga se detuvo entre dos estantes y permaneció inmóvil.

—No tienes que explicarme nada —decía el hombre, y su voz tenía esa cualidad torpe y sincera de quien quiere ayudar y no sabe cómo—. No tienes que decirme nada. Estoy aquí.

La mujer no respondió de inmediato. Siguió llorando en silencio durante un rato, y el hombre no llenó ese silencio con palabras. Simplemente repitió su nombre en voz muy baja. Solo el nombre. Como si nombrarlo fuera suficiente para recordarle que existía. Como si la prueba más sólida de que alguien está presente fuera precisamente esa: que alguien más sepa pronunciar tu nombre con esa entonación particular que no se aprende sino que se adquiere.

Uga no se movió durante varios minutos después de que las voces desaparecieron.

Había algo en esa escena que ningún dato sobre la especie humana le había preparado para encontrar: la evidencia de que el conocimiento más importante que un ser puede tener sobre otro no es conceptual sino afectivo. Que hay formas de comprender a alguien que no pasan por la inteligencia sino por la presencia. Que estar junto a alguien que sufre, sin intentar corregir el sufrimiento ni explicarlo ni reducirlo a sus causas, es en sí mismo un acto que contiene más verdad que muchos sistemas filosóficos elaborados con gran precisión técnica pero desde la distancia cómoda de quien no ha sido tocado todavía por aquello que describe.

Los seres humanos no eran irracionales simplemente porque ignoraran ciertas verdades que otras civilizaciones ya conocían. Eran complejos porque vivían atravesados constantemente por conflictos interiores que jamás desaparecían del todo y que, aun así, no les impedían construir vínculos de una intensidad que Uga empezaba a reconocer como algo radicalmente distinto a cualquier forma de vínculo que hubiera conocido antes.

Esa noche, al cerrar la biblioteca, encontró sobre el mostrador un libro nuevo que Päivi había dejado antes de marcharse. Era una colección de poemas finlandeses. Sin nota. Sin explicación. Como siempre.

Uga lo guardó en su bolsa y salió a la calle.

Nevaba.

Los copos caían sobre la ciudad con esa lentitud particular que tiene la nieve cuando no hay viento, casi como si dudara antes de posarse, como si quisiera prolongar el momento de estar en el aire antes de convertirse en parte del suelo. Las farolas producían halos difusos de luz amarilla dentro de los cuales los copos brillaban un instante antes de desaparecer en la oscuridad. La calle estaba casi vacía. Alguien caminaba a lo lejos con un perro. El perro olió el aire en la dirección de Uga y luego siguió caminando sin mayor interés.

Uga se detuvo en la acera y miró el cielo durante un momento largo.

Desde Lal-etom, la Tierra había sido TRR-7712-Azul: una referencia técnica, una biosfera secundaria, un conjunto de datos incompletos en una carpeta de acceso restringido. Desde aquí, era esto: nieve cayendo sobre una ciudad que olía a sal marina y a calefacción, el sonido lejano de un tranvía, la luz de un apartamento encendida en el cuarto piso de un edificio de piedra oscura, alguien moviéndose detrás de una cortina sin saber que alguien la observaba desde abajo.

Era pequeño. Era concreto. Era completamente real en un sentido que ninguna descripción había capturado.

Cuanto más escuchaba a los humanos, menos capaz se volvía de observarlos desde afuera.

Y eso, comprendió mientras reanudaba el camino hacia su apartamento con los copos de nieve posándose sobre su abrigo, era exactamente lo que el último explorador había intentado decir en su informe incompleto.

Que hay cosas que solo se comprenden desde adentro.

Y que una vez que uno entra, ya no es exactamente el mismo que era antes de entrar.

CAPÍTULO II

El silencio como afecto

Helsinki. Varios años después.

El invierno finlandés hacía algo que Uga tardó tiempo en nombrar: ralentizaba la velocidad interior de las personas.

No las entristecía necesariamente —aunque la melancolía existía y era real, sedimentada en capas que ella aprendió a distinguir con el tiempo—, sino que las devolvía a un ritmo más antiguo, más lento, más parecido al ritmo en que las cosas realmente ocurren dentro de una conciencia cuando nadie la está apresurando. La nieve amortiguaba los sonidos.

Los días oscuros, que en diciembre dejaban apenas cuatro horas de luz grisácea entre la oscuridad de la madrugada y la oscuridad de la tarde, acortaban los compromisos sociales y alargaban los espacios interiores. Las personas se reunían alrededor de mesas pequeñas, con luz de velas, y en lugar de hablar mucho bebían café y miraban las llamas o la calle nevada o simplemente el vapor que subía de sus tazas, como si ese vapor fuera algo que merecía ser observado con atención.

Uga aprendió en Finlandia que el silencio podía ser una forma de afecto.

No el silencio de quien no tiene nada que decir ni el silencio de quien tiene demasiado y lo retiene por miedo, sino otro silencio: el de quien reconoce que la presencia del otro no requiere ser llenada continuamente con palabras para ser real. Entre los Ak-zal, la estabilidad emocional era el resultado de millones de años de evolución consciente y regulación colectiva; allí, en cambio, parecía surgir de hábitos cotidianos tan sencillos como dejar espacio, no interrumpir, no llenar cada pausa con palabras que nadie había pedido.

Las personas coexistían sin invadir permanentemente el espacio psicológico ajeno, y esa costumbre producía una forma de convivencia que a Uga le resultaba, extrañamente, más cercana a su propia naturaleza que cualquier otra que hubiera encontrado hasta entonces en la Tierra.

Fue en ese período cuando comenzó a distinguir diferencias cualitativas entre las personas no únicamente a partir de sus ideas o comportamientos visibles, sino de la textura interior de sus pensamientos. Algunas conciencias permanecían atrapadas dentro de una agitación permanente, como agua que hierve sin llegar nunca a evaporarse. Otras, aun cargando

tristeza o melancolía, conservaban una serenidad profunda que no era indiferencia sino algo más difícil de definir: la calma de quien ha aceptado que no todo puede resolverse y que esa imposibilidad no es necesariamente una derrota. Empezó a buscar esas presencias. A frecuentarlas sin saber todavía con claridad por qué.

Fue entonces cuando conoció a Eerikki.

Era un hombre de unos sesenta años que trabajaba como técnico de mantenimiento en el sótano de la misma biblioteca donde Uga catalogaba fondos bibliográficos desde hacía ya tres años. Subía cada mañana a la misma hora —siete y cuarto, con una puntualidad que no parecía fruto del esfuerzo sino del carácter—, dejaba su termo de café sobre el mostrador de la entrada con un gesto que Uga tardó semanas en interpretar correctamente: no era descuido, era confianza. La confianza de quien sabe que ese espacio le pertenece un poco también a él y no necesita pedir permiso para ocuparlo. Luego bajaba de nuevo al sótano sin decir nada.

El mostrador quedaba al cuidado de Uga durante esa media hora antes de que la biblioteca abriera al público. Algunas mañanas, sin que nadie lo hubiera propuesto, ella servía dos tazas del café del termo y dejaba una en el extremo del mostrador donde Eerikki volvía a subir al cabo de un rato.

Él la tomaba. Se sentaba en el banco de madera junto a la ventana que daba al callejón lateral. Y permanecían así los dos, en silencio, mirando la calle nevada o la oscuridad o simplemente el interior de sus tazas, durante el tiempo que pasaba entre la llegada de Eerikki y la apertura de la biblioteca.

Así durante semanas. Así durante meses.

Un día de noviembre —Uga lo recordaría porque afuera nevaba con una densidad inusual incluso para esa época del año y los copos caían tan apretados que el callejón había desaparecido detrás de una cortina blanca — Eerikki rompió el silencio sin motivo aparente.

—Mi mujer murió hace cuatro años —dijo, mirando la ventana.

Uga no respondió de inmediato. Esperó, porque había aprendido ya que entre los finlandeses las afirmaciones importantes no siempre requerían respuesta y que a veces lo que el otro necesitaba no era que le contestaran sino simplemente que le escucharan sin interrumpir.

—Lo siento —dijo finalmente, porque le pareció que en este caso la ausencia de respuesta podía interpretarse como indiferencia, y la indiferencia sería una mentira.

Eerikki asintió ligeramente, sin apartar los ojos de la nieve.

—Treinta y ocho años juntos —dijo—. Uno piensa que sabe cómo es una persona después de tanto tiempo. Y luego se va y uno descubre que en realidad no sabía ni la mitad.

—¿En qué sentido?

Eerikki pensó antes de responder. Era un hombre que pensaba antes de responder, algo que Uga había observado desde el principio y que le parecía una forma de honestidad: la negativa a decir lo primero que llega simplemente porque llega primero.

—En el sentido de que cuando alguien está contigo todos los días, te acostumbras a su presencia de tal manera que dejas de verla realmente. Es como el ruido de fondo de una ciudad: uno no lo nota hasta que desaparece. Y cuando desaparece, uno se da cuenta de todo lo que ese ruido contenía.

Uga sostuvo la taza entre las manos y sintió el calor del café a través de la cerámica.

—¿Lo extraña? —preguntó, aunque sabía que la pregunta era innecesaria.

—Cada día —dijo Eerikki—. Pero de manera distinta cada vez. Al principio era como un dolor físico, algo concreto y localizable. Ahora es más parecido a un espacio que no se llena. Como si la habitación siguiera teniendo el mismo tamaño pero hubiera menos aire dentro.

Se quedó en silencio otro momento. Afuera, la nieve seguía cayendo.

—¿Y usted? —preguntó de pronto, mirándola por primera vez en esa conversación—. ¿Tiene a alguien?

Uga consideró la pregunta durante un instante que duró exactamente lo suficiente para que Eerikki no notara la pausa pero sí lo suficiente para que ella pudiera elegir una respuesta verdadera.

—Tuve —dijo—. Hace mucho tiempo. En otro lugar.

Eerikki asintió con la seriedad de quien acepta una respuesta incompleta sin exigir que se complete, porque entiende que los silencios alrededor de ciertas respuestas forman parte de la respuesta misma.

—El café está frío —dijo, y con eso cerró la conversación y abrió otra que no necesitaba palabras.

Siguieron compartiendo esas mañanas durante años. Conversaban a veces y a veces no. Cuando conversaban, lo hacían de cosas concretas: el estado de las calderas del sótano, un libro que uno u otro había leído, el tiempo, la ciudad, alguna noticia que había llamado la atención de uno de los dos sin que supieran exactamente por qué. Nunca volvieron a hablar de la mujer de Eerikki ni de aquel lugar lejano al que Uga había aludido una vez. Pero esa conversación de noviembre permanecía flotando en el fondo de todas las demás, como el sedimento que da color al agua de un lago sin que nadie lo vea moverse.

Uga empezó a comprender, a través de Eerikki, algo que sus años de estudio académico sobre la humanidad no habían conseguido transmitirle con esa precisión: que los vínculos humanos más importantes no se construyen alrededor de los grandes intercambios sino alrededor de la repetición de los pequeños. Que la intimidad no es un estado que se alcanza sino un proceso que se sostiene.

Que compartir el silencio de cada mañana con alguien durante suficiente tiempo termina siendo más revelador que cualquier conversación profunda, porque en el silencio compartido no hay posibilidad de fingir: uno es exactamente lo que es, sin la protección de las palabras elegidas.

Sin embargo, la aparente serenidad finlandesa ocultaba también otra realidad que la impresionó profundamente.

Bajo el orden social y el bienestar material existían niveles enormes de soledad interior. Lo percibía en las conciencias que la rodeaban cada día con una claridad que a veces le resultaba difícil de sostener: hombres que sentían afecto intenso y no encontraban la manera de expresarlo, como si entre la emoción y su manifestación exterior hubiera una frontera que nadie les había enseñado a cruzar.

Mujeres que conservaban duelos silenciosos durante décadas, duelos que nunca habían sido nombrados en voz alta y que por eso permanecían intactos, sin la posibilidad de transformarse que tienen las cosas que son reconocidas. Ancianos cuya vida emocional parecía haberse replegado lentamente hacia regiones inaccesibles incluso para quienes convivían con ellos, como territorios que uno deja de visitar hasta que el camino se cierra solo.

Una tarde encontró a Päivi llorando en el despacho de la supervisora, con la puerta entornada pero no cerrada. No era un llanto dramático sino uno de esa clase que parece haber estado esperando un momento de descuido para salir: silencioso, casi avergonzado de sí mismo. Uga se detuvo en el pasillo, dudó, y llamó suavemente con los nudillos en el marco de la puerta.

Päivi levantó la vista. Tardó un segundo en recomponerse, pero no intentó negar lo evidente.

—Pasa —dijo.

Uga entró y se sentó en la silla frente al escritorio, que era donde habitualmente se sentaba cuando Päivi le daba instrucciones sobre los fondos que había que reorganizar. Esa postura familiar, ese contexto conocido, pareció calmar algo en Päivi.

—Son cosas —dijo Päivi, con ese tono finlandés que equivale a decir: *existe una razón pero no es necesario que la conozcas*.

—Lo sé —dijo Uga.

—Gracias por no preguntar.

—Gracias por no fingir que no pasaba nada.

Päivi la miró un momento con una expresión que Uga no supo descifrar del todo. Luego sacó de un cajón del escritorio una barra de chocolate con avellanas, partió un trozo, se lo llevó a la boca, y extendió el resto hacia Uga con un gesto que no era exactamente una oferta sino algo más próximo a una declaración.

Compartieron el chocolate en silencio durante unos minutos. Afuera, alguien devolvía libros en el mostrador principal y el sonido de los volúmenes sobre el mostrador de madera llegaba amortiguado por la distancia.

—¿Sabes lo que más me cuesta? —dijo Päivi de pronto, mirando el chocolate en lugar de a Uga—. No es lo que uno pierde. Es descubrir que durante años tuviste algo que no sabías que tenías. Y que solamente puedes verlo con claridad cuando ya no está.

Uga pensó en Eerikki. En el ruido de fondo de una ciudad que uno no nota hasta que desaparece.

—Creo que esa es una condición humana muy extendida —dijo.

—¿Solo humana?

La pregunta la tomó por sorpresa. Päivi la miraba ahora con esa atención particular que tenía algunas veces, la misma con que la había mirado el primer día cuando le preguntó en qué idioma pensaba: la atención de alguien que no hace preguntas por cortesía.

—No sé —respondió Uga, que era la respuesta más honesta disponible.

Päivi asintió lentamente, como si esa respuesta le bastara o incluso le dijera algo.

—A veces pienso —dijo— que los seres humanos estamos diseñados para comprender las cosas demasiado tarde. Que nuestra inteligencia es suficiente para entender lo que ocurre, pero siempre un paso después de que ocurre. Como si hubiera un retraso permanente entre la experiencia y la comprensión.

—Tal vez ese retraso —dijo Uga lentamente— es lo que obliga a seguir buscando.

Päivi la miró.

—¿A qué te refieres?

—Si todo se comprendiera en el momento exacto en que ocurre, quizá no habría razón para seguir reflexionando sobre ello después. El retraso es incómodo, pero produce algo. Una segunda vida de las experiencias, dentro del pensamiento.

Päivi consideró esto durante un momento.

—Eso es una manera muy extraña de consolar a alguien —dijo finalmente, pero lo dijo con algo que se parecía a una sonrisa.

—No pretendía consolarte —respondió Uga—. Pretendía acompañarte.

Päivi la observó otro segundo más y luego partió otro trozo de chocolate.

Entre los Ak-zal, la soledad absoluta había sido prácticamente abolida gracias a la continuidad perceptiva compartida de las conciencias. La humanidad, en cambio, había construido civilizaciones enteras alrededor de individuos que rara vez lograban expresar completamente aquello que

ocurría dentro de sí mismos, que vivían separados unos de otros por fronteras de lenguaje y orgullo y miedo que ninguna tecnología había conseguido disolver del todo. Una sociedad podía funcionar con extraordinaria eficiencia mientras millones de individuos continuaban sintiéndose profundamente solos.

Y sin embargo, precisamente esa dificultad producía, cuando se superaba, algo que entre los Ak-zal era imposible porque era innecesario: el esfuerzo deliberado de salir hacia el otro. La elección consciente de cruzar la frontera. El acto de tocar suavemente con los nudillos en el marco de una puerta entornada sin saber exactamente qué encontrarás al otro lado, pero entrando de todas formas.

Lo que costaba mucho valía mucho.

No porque el esfuerzo añadiera valor artificialmente, sino porque el esfuerzo era la evidencia de que algo real había sido elegido y no simplemente recibido.

Uga lo comprendió una noche de febrero, caminando sola por el puerto congelado, escuchando cómo el hielo crujía bajo sus botas en la oscuridad casi total. No había nadie alrededor. El frío era brutal y el viento que venía del golfo cortaba con una precisión que ningún dato meteorológico había conseguido transmitirle antes de haberlo sentido.

Y sin embargo no quería volver adentro todavía, porque había algo en esa soledad elegida —distinta de la soledad impuesta, distinta también del aislamiento sin fricción de los Ak-zal— que empezaba a parecerle, extrañamente, una forma de estar en el mundo. Una forma que requería al mismo tiempo estar completamente solo y saber que en algún sótano de la ciudad alguien vendría mañana a las siete y cuarto con un termo de café.

La soledad y el vínculo no eran opuestos.

Eran las dos condiciones que se necesitaban mutuamente para que cualquiera de las dos tuviera sentido.

El hielo crujió de nuevo bajo sus botas. A lo lejos, las luces de un barco en el golfo se movían lentamente en la oscuridad. Uga se quedó mirándolas hasta que desaparecieron detrás de la línea del horizonte, y luego se quedó mirando el lugar donde habían estado, como si la oscuridad que dejaron también mereciera ser observada un momento antes de darse la vuelta y volver hacia el calor.

CAPÍTULO III

La hiperconexión del vacío

Europa occidental. Berlín, París, Barcelona. Finales de la primera década.

La primera diferencia que Uga notó al llegar a las grandes ciudades del continente fue olfativa.

Berlín olía a cerveza fría y a pintura de grafiti y a algo metálico que subía de las alcantarillas cuando llovía, una combinación que ningún dato había anticipado y que producía en ella una impresión física inmediata, casi violenta en su concreción. París olía a tabaco y a gasolina y, en ciertos callejones del Marais a determinadas horas de la tarde, a pan que alguien estaba horneando en algún lugar invisible cuya ubicación exacta nunca conseguía rastrear, como si la ciudad protegiera deliberadamente ese olor de quien quisiera localizarlo. Barcelona olía a mar y a aceite de oliva recalentado y a la ropa tendida en las balconadas de los barrios altos, una mezcla de domesticidad y brisa marina que la impresionó por su honestidad: una ciudad que mostraba sin pudor las telas íntimas de sus habitantes al sol de la mañana.

Eran ciudades que se imponían sensorialmente antes de que uno tuviera tiempo de pensar en ellas.

También eran, Uga lo descubrió pronto, ciudades donde la soledad era más difícil de reconocer que en Helsinki precisamente porque el ruido la disfrazaba. No era la soledad silenciosa y visible del invierno finlandés, esa soledad que al menos tenía la honestidad de mostrarse como lo que era. Era otra cosa: una soledad ruidosa, envuelta en movimiento perpetuo y conexión aparente, que resultaba mucho más difícil de nombrar porque las personas que la padecían a menudo no sabían que la padecían.

En Berlín conoció a Matthias.

Tenía unos treinta y cinco años, trabajaba en diseño gráfico desde un apartamento del barrio de Prenzlauer Berg y pasaba la mayor parte del día conectado a una pantalla y a una serie de plataformas digitales a través de las cuales mantenía relaciones con docenas de personas a quienes describía como amigos sin que Uga, al observar la textura interior de esas interacciones, pudiera detectar en ellas ninguna de las características que había aprendido a asociar con ese término en Helsinki.

Lo conoció en una cafetería donde ambos trabajaban habitualmente, esa clase de espacios comunes que las ciudades grandes producen para personas que viven solas pero no soportan el silencio de trabajar en casa. Matthias hablaba con facilidad, con esa soltura particular de quien ha aprendido a usar la conversación como una herramienta de proyección más que como un instrumento de encuentro real. Era inteligente, observador, capaz de formular opiniones elaboradas sobre casi cualquier cosa en un tiempo muy breve.

Un martes de octubre, mientras afuera llovía con esa persistencia gris característica del otoño berlinés, se sentó en la mesa junto a la de Uga sin pedir permiso pero con un gesto que no era insolencia sino la costumbre de quien no espera que le digan que no.

—Llevas semanas viniendo aquí —dijo, como si eso fuera suficiente introducción.

—Tú también —respondió Uga.

—Sí, pero yo vivo a dos cuadras. Tú no eres de aquí.

—¿Cómo lo sabes?

Matthias consideró la pregunta con una expresión que indicaba que la respuesta le parecía obvia pero que haría el esfuerzo de articularla.

—Porque miras las cosas como si las vieras por primera vez. Incluso las ordinarias. La mayoría de la gente que lleva tiempo en una ciudad deja de verla.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé —dijo Matthias, y por primera vez desde que había abierto la boca su voz perdió esa soltura de presentación y adquirió algo más parecido a una textura real—. A veces pienso que ver las cosas por primera vez es el único momento en que realmente las ves. Y que después solo las reconoces.

—Hay una diferencia entre ver y reconocer —dijo Uga.

—Exactamente. Reconocer es más eficiente. Ver es más verdadero.

Uga lo observó un momento. Bajo la facilidad verbal había algo que ella identificó sin esfuerzo: una soledad extensa y bien organizada, tan integrada en su vida cotidiana que ya no la percibía como carencia sino como condición normal de existencia. Era el tipo de persona que tenía cientos de contactos y con quien nadie había desayunado en semanas.

—¿Con cuántas personas hablas al día? —preguntó.

Matthias sonrió con esa sonrisa que tiene quien reconoce que lo han visto.

—Depende de cómo definas hablar.

—Como lo que estamos haciendo ahora.

—Entonces con muy pocas —admitió, y la admisión tenía el peso específico de las cosas que se dicen en voz alta por primera vez.

La conversación duró dos horas más. Hablaron de la ciudad, del trabajo, de la manera en que las pantallas habían cambiado no solo la forma de comunicarse sino la forma de experimentar la propia identidad. Matthias tenía opiniones sobre todo ello, opiniones articuladas y bien construidas, pero Uga percibía que esas opiniones habían sido formuladas fundamentalmente para ser expuestas y no tanto para ser examinadas. Como si el pensamiento fuera para él una forma de actuación más que una forma de investigación.

Al despedirse, Matthias le dejó su contacto digital con el gesto automático de quien lleva años realizando ese mismo movimiento.

—Por si quieres tomar algo —dijo.

Uga guardó el contacto. Nunca lo usó. No porque Matthias le desagradara —al contrario, le había parecido genuinamente interesante detrás de sus defensas— sino porque comprendió que él necesitaba algo distinto de lo

que ella podía ofrecerle, y que ofrecerle lo que ella tenía solo añadiría otra conexión superficial a una lista que ya era demasiado larga.

Las grandes urbes europeas funcionaban como redes inmensas de estímulos simultáneos donde millones de personas permanecían expuestas continuamente a información, expectativas sociales y mecanismos de comparación permanente. En los vagones del metro, en las terrazas llenas, en los teléfonos que nadie dejaba reposar sobre la mesa, Uga percibía algo que no era exactamente ansiedad sino algo más sutil y más persistente: la sensación colectiva de estar siendo observado y de no estar siendo suficiente. Era una presión que no venía de ningún lugar específico y por eso era imposible de resistir: una presión sin dirección, distribuida uniformemente en todas las superficies de la vida cotidiana.

Lo más inquietante era descubrir que muchas personas ya no distinguían con claridad entre aquello que verdaderamente necesitaban y aquello que habían aprendido a desear mediante esa presión constante. La identidad comenzaba a construirse alrededor de imágenes proyectadas hacia otros más que alrededor de experiencias interiormente elaboradas. Uga podía registrar el momento exacto —algo así como un pequeño eclipse interior, un instante en que la luz propia se oscurece— en que una persona dejaba de percibir su propia emoción y comenzaba a preguntarse qué emoción sería apropiado sentir en esa situación. Era un movimiento casi imperceptible, pero una vez que aprendió a reconocerlo lo veía en todas partes.

Las multitudes urbanas la agotaban físicamente. Después de varias semanas en París tuvo que refugiarse durante días enteros en un apartamento pequeño con las contraventanas cerradas, como alguien que se recupera de una fiebre. El ruido emocional de la ciudad era de una densidad que no disminuía con la oscuridad ni con el silencio aparente de las madrugadas: seguía ahí, filtrado por las paredes, amortiguado pero nunca del todo ausente, como el zumbido de una maquinaria que nunca se detiene.

Fue en París donde conoció a Camille.

Era profesora de filosofía en un liceo del décimo distrito, una mujer de mediana edad con el cabello recogido sin coquetería y unos ojos que miraban a las personas con una atención que no era intrusiva sino simplemente real, la atención de quien genuinamente quiere saber qué hay detrás de lo que ve. La encontró en la sala de lectura de la Bibliothèque Publique d'Information, donde Uga pasaba las tardes durante su convalecencia del ruido urbano, y donde Camille al parecer pasaba también las suyas desde hacía años, con la regularidad de quien ha encontrado en un lugar una forma de orden que no existe en ningún otro sitio.

Tardaron dos semanas en hablar. Primero fue el reconocimiento silencioso de presencias habituales: la misma mesa, los mismos horarios aproximados, el mismo tipo de concentración que produce alrededor de

quien la practica una especie de campo que los demás respetan instintivamente. Luego fue Camille quien habló primero, un viernes por la tarde, cuando Uga cerró el libro que estaba leyendo con una expresión que debió de ser suficientemente reveladora.

—¿Decepcionante? —preguntó Camille, señalando el libro con un movimiento de cabeza.

—No —dijo Uga—. Preciso. Pero la precisión a veces decepciona porque promete más de lo que puede dar.

Camille la miró con interés genuino.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que un argumento muy bien construido puede dar la impresión de que ha resuelto algo cuando en realidad solamente lo ha descrito con más claridad. Y describir un problema con precisión no es lo mismo que comprenderlo.

—La mayoría de mis estudiantes cree que sí lo es —dijo Camille.

—¿Y usted?

—Yo creo que hay dos tipos de comprensión. Una que se alcanza pensando y otra que se alcanza viviendo. Y que la primera sin la segunda es como un mapa muy detallado de un territorio que uno nunca ha pisado.

Uga consideró esto.

—¿Y la segunda sin la primera?

—Eso es simplemente la vida de la mayoría de las personas —dijo Camille, con una sonrisa que no era condescendiente sino melancólica—. Que también tiene su propio tipo de sabiduría, aunque más difícil de transmitir.

Hablaron durante una hora larga, con esa facilidad particular de las conversaciones entre personas que comparten un tipo de atención hacia el mundo pero han llegado a él por caminos completamente distintos. Camille era una mujer que había pensado mucho sobre las cosas pero que también había vivido suficiente para saber que pensar mucho sobre las cosas no te prepara para todas ellas.

—¿De dónde eres? —preguntó finalmente, con la naturalidad de quien hace esa pregunta al final de una conversación y no al principio porque sabe que al principio no tiene el mismo significado.

—De muy lejos —dijo Uga.

—¿Extrañas?

La pregunta era simple. La respuesta no lo era.

—Extraño ciertas cosas —dijo Uga—. No estoy segura de si extraño el lugar o la persona que era en ese lugar.

Camille asintió despacio.

—Esa es una distinción importante —dijo—. Creo que la mayoría de la gente confunde las dos cosas. Creen que extrañan un lugar cuando en realidad extrañan una versión de sí mismos que ese lugar hizo posible.

Uga no respondió. Pero la frase permaneció dentro de ella con esa insistencia particular que tienen las cosas verdaderas que uno no estaba preparado para escuchar en ese momento.

Y sin embargo, incluso dentro de aquel paisaje dominado por velocidad y sobreestimulación, los pequeños gestos de solidaridad espontánea seguían apareciendo con una regularidad que desconcertaba la tendencia inicial de Uga al análisis frío. Un hombre en el metro de Berlín que cedía el asiento a alguien sin mirarlo, como si fuera un acto tan natural que no requiriera reconocimiento. Una mujer en un mercado del Raval en Barcelona que partía en dos el último trozo de pan porque alguien que no conocía lo estaba mirando con una expresión que no era exactamente hambre pero tampoco era otra cosa. Pequeños actos que no respondían a ningún sistema de intercambio ni a ningún cálculo de beneficio mutuo. Actos que ocurrían simplemente porque ocurrían, como si en ciertas personas hubiera algo que se activaba solo, sin mediación del pensamiento, cuando la situación lo requería.

Los humanos parecían resistir constantemente las mismas estructuras que ellos mismos creaban.

En Barcelona, una noche de verano que olía a sal y a jazmín y al humo de las terrazas llenas, Uga se sentó en un banco de la Barceloneta y escuchó durante casi dos horas a un grupo de personas que celebraban algo —un cumpleaños, un reencuentro, no llegó a determinarlo— con un nivel de alegría ruidosa que al principio le pareció excesivo. El volumen, la simultaneidad de las voces, la música que salía de un teléfono apoyado contra una botella para amplificar el sonido: todo ello formaba una textura que sus primeras semanas en Europa habrían catalogado como saturación. Pero algo había cambiado en ella, o quizá simplemente había aprendido a escuchar de manera distinta, porque aquella noche dejó de analizar y simplemente recibió.

Las voces mezcladas, las risas que se solapaban, alguien tocando una guitarra sin mucho talento pero con una convicción que hacía irrelevante el talento: todo eso no era ruido. Era densidad. Presencia colectiva. Una forma de decirle al mundo, con el único instrumento disponible —el propio cuerpo haciendo el mayor ruido posible— que aquí, en este banco, en esta noche de verano, había seres que existían y que esa existencia merecía ser celebrada aunque nadie más lo supiera ni nadie más lo registrara.

Uga comprendió esa noche que la intensidad no era necesariamente una forma de superficialidad.

A veces era simplemente la evidencia de que alguien estaba completamente vivo y no quería desperdiciar ese hecho en el silencio.

Se quedó en el banco hasta que el grupo se dispersó, poco después de la medianoche. El último en levantarse fue un hombre de edad indeterminada que recogió los vasos de plástico del suelo con la calma metódica de quien realiza ese acto sin que nadie se lo haya pedido y sin esperar que nadie lo note. Luego se marchó en la misma dirección que los demás.

La playa quedó en silencio. Las olas seguían llegando con esa indiferencia específica del mar ante todo lo humano.

Uga se quedó sentada un rato más, mirando el agua oscura.

Había algo en aquel hombre recogiendo vasos de plástico en la oscuridad —un acto pequeño, completamente innecesario desde cualquier perspectiva de utilidad inmediata, realizado sin audiencia y sin recompensa— que contenía más información sobre la especie que cualquier sistema filosófico que hubiera estudiado hasta entonces. Señalaba hacia algo que el análisis por sí solo no puede producir: la disposición a hacer lo correcto no porque sea útil ni porque alguien lo observe, sino simplemente porque la situación lo requiere y uno ha decidido, en algún momento que ya no recuerda con precisión, ser el tipo de persona que responde a esa clase de requerimientos.

Eso no era cognoscible desde afuera.

Eso solo se entendía estando allí, a medianoche, en una playa que olía a sal y a plástico calentado por el sol del día, viendo a alguien recoger en silencio lo que los demás habían dejado.

El mar siguió llegando a la orilla.

Uga permaneció sentada hasta que el frío de la madrugada se volvió suficiente para hacerla levantarse, y entonces caminó de vuelta al apartamento pensando en Matthias, en Camille, en el hombre de los vasos de plástico, y en la diferencia entre ver y reconocer: la diferencia entre la verdad y la eficiencia, dos cosas que los humanos necesitaban en igual medida y que rara vez conseguían sostener juntas sin que una dañara a la otra.

CAPÍTULO IV

La alegría que resiste

América Latina. Ciudad de México, Medellín, Oaxaca. Segunda década.

En Ciudad de México, el ruido no era un obstáculo.

Era la ciudad misma.

El claxon interminable de la Insurgentes a mediodía, los pregones de los vendedores ambulantes, la cumbia que salía de una tienda de abarrotes y la música de banda que respondía desde un puesto de tacos en la acera de enfrente, el llanto de un niño que alguien arrullaba cantando en voz baja en un camión repleto: todo eso coexistía sin cancelarse, como si cada sonido hubiera encontrado ya su lugar dentro de una sinfonía caótica que llevaba

siglos siendo ensayada. No había jerarquía. No había silencio obligatorio ni turno para existir. Cada presencia reclamaba su espacio sonoro con una naturalidad que al principio desconcertó a Uga y que con el tiempo empezó a parecerle no una carencia de orden sino una forma distinta de orden: el orden que surge no de la regulación sino del acuerdo tácito de coexistir.

Tardó semanas en dejar de percibir aquello como saturación y empezar a percibirlo como lo que era: una forma de presencia colectiva tan antigua y tan enraizada que ya no necesitaba justificación. La ciudad existía así porque siempre había existido así, y los millones de personas que la habitaban no experimentaban ese ruido como agresión sino como prueba de que no estaban solos.

La primera persona con quien habló de verdad en la ciudad fue un hombre llamado Bernardo.

Lo conoció en el mercado de Medellín —no la ciudad colombiana sino el barrio en el centro de la capital mexicana, con sus puestos de especias y sus flores y sus carnicerías y sus vendedoras de gorditas que trabajaban desde las seis de la mañana con una eficiencia que no tenía nada que envidiarle a ninguna institución formal— donde Uga había empezado a ir cada mañana con la excusa de comprar fruta, aunque la verdad era que iba porque aquel lugar producía en ella una densidad emocional que encontraba, paradójicamente, más fácil de sostener que el ruido disperso de las calles. En el mercado, el caos tenía estructura. Cada puesto era un pequeño mundo con sus propias reglas y su propia atmósfera, y navegar entre ellos era como leer una ciudad dentro de la ciudad.

Bernardo vendía jitomates y chiles y aguacates desde un puesto en el corredor central. Era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta y manos grandes con las uñas siempre limpias pese al trabajo, que había heredado el puesto de su madre, quien lo había heredado de su abuela, y que consideraba esa continuidad no como una carga sino como algo parecido a un privilegio.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la primera vez que ella se detuvo frente a su puesto, con la directitud sin brusquedad que Uga aprendería a reconocer como una característica frecuente en las personas que trabajan de cara al público desde la infancia.

—De lejos —dijo Uga, que era su respuesta habitual.

—¿Muy lejos?

—Bastante.

Bernardo la miró un momento con esa evaluación rápida y precisa que tienen quienes han aprendido a leer personas antes de que abran la boca, y luego le extendió un tomate sin que ella lo hubiera pedido.

—Pruébalo —dijo—. Son de esta mañana.

Uga lo probó. Era dulce y ácido al mismo tiempo, con una textura que ninguna descripción botánica habría anticipado.

—¿Bueno? —preguntó Bernardo.

—Sí —dijo Uga.

—Claro que sí —dijo él, sin arrogancia, simplemente con la certeza de quien lleva toda la vida trabajando con una cosa y ya no necesita que nadie se la confirme—. ¿Cuántos quieres?

Así empezó. Cada mañana Uga compraba fruta que no siempre necesitaba, y cada mañana Bernardo la saludaba por el nombre que ella le había dado —un nombre inventado, funcional, suficientemente humano para no producir preguntas— con la naturalidad de quien trata a sus clientes habituales como si fueran una extensión de su propia familia, no por estrategia comercial sino porque genuinamente no concebía la relación de otra manera.

Una mañana de martes, mientras pesaba unos chiles poblanos, Bernardo dijo sin levantar la vista:

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este trabajo?

—¿Qué? —preguntó Uga.

—Que cada día viene gente distinta con el mismo problema: tiene hambre y necesita comer. Y yo les ayudo a resolverlo. Es tan simple que a veces me parece absurdo que haya gente que viva angustiada.

—No toda la angustia viene del hambre —dijo Uga.

—No —concedió Bernardo—, pero mucha angustia desaparece cuando uno tiene algo concreto que hacer. Algo con las manos. Algo que sirve para algo inmediato. —Terminó de pesar los chiles y los extendió hacia ella—. El problema de la gente que piensa demasiado es que se olvida de que también tiene cuerpo.

Uga recibió los chiles y consideró la observación durante un momento.

—¿Y los que solo tienen cuerpo? —preguntó.

—Esos tienen otro problema —dijo Bernardo, y sonrió con una amplitud que arrugaba toda la cara—. Pero al menos duermen bien.

Lo que modificó más profundamente la comprensión de Uga sobre la conciencia humana durante ese período no fue la intensidad del entorno sino algo que ocurría entre las personas: una forma específica de relacionarse con el sufrimiento que era completamente distinta de cualquier cosa que hubiera observado antes.

La angustia existía aquí con la misma intensidad que en otros lugares del planeta. La precariedad económica era real y visible y pesaba sobre millones de vidas de maneras concretas y cotidianas que Uga podía percibir con claridad sin necesidad de ningún análisis estadístico. Pero aquí no permanecía encerrada dentro de compartimentos individuales tan rígidos como en Helsinki o en Berlín o en París. Las personas compartían emocionalmente sus dificultades con una naturalidad que Uga rara vez había encontrado en sociedades más individualizadas, de modo que incluso

las experiencias más dolorosas terminaban atravesadas por formas inesperadas de cercanía. El duelo se convertía en reunión colectiva. La escasez coexistía con generosidad. Familias enteras lograban conservar vínculos extraordinariamente sólidos aun dentro de condiciones materiales profundamente inestables, como si la fragilidad material no erosionara el tejido afectivo sino que, paradójicamente, lo volviera más necesario y por eso más resistente.

En Oaxaca, durante los días de muertos, Uga se sentó durante horas en un cementerio iluminado por miles de velas y observó algo que ningún texto antropológico había conseguido transmitirle fielmente: la manera en que los vivos hablaban con sus muertos.

No como ritual vacío ni como representación ceremonial ejecutada por obligación cultural. Como conversación real. Íntima. A veces divertida, a veces cargada de una tristeza que no buscaba resolverse sino solamente ser nombrada, como si nombrarla en voz alta ante alguien —aunque ese alguien ya no pudiera responder— fuera suficiente para que dejara de pesar tanto.

Una mujer de edad avanzada, sentada sobre un petate junto a una tumba decorada con flores de cempasúchil, le contaba a una fotografía sobre las flores de temporada con el tono conversacional de quien actualiza a un amigo que estuvo fuera durante un tiempo. Un niño de no más de seis años colocaba sobre otra tumba su juguete favorito con la seriedad absoluta de alguien que hace un regalo de verdad y no quiere que la seriedad del acto se malinterprete como tristeza.

Uga se sentó cerca de la mujer, no tan cerca como para invadir, sí suficientemente cerca para escuchar.

—¿Es su esposo? —preguntó finalmente, señalando la fotografía con discreción.

La mujer la miró. Tenía los ojos muy oscuros y en ellos no había tristeza exactamente sino algo más parecido a una comprensión larga y difícil de todo lo que tiene que pasar para que dos personas pasen treinta años juntas y luego una de ellas tenga que seguir sola.

—Mi hermano —dijo—. Era el que más me hacía reír.

—¿Y lo extraña?

—Todos los días —dijo la mujer—. Pero hoy lo extraño con gusto. Hoy puedo decírselo en su cara.

Uga no respondió. La frase se quedó dentro de ella con esa forma específica que tienen las verdades sencillas que resumen algo enorme: *extrañarlo con gusto*. La posibilidad de que el dolor de la ausencia y la alegría del recuerdo no fueran estados opuestos sino dimensiones simultáneas de un mismo vínculo que continuaba más allá de la muerte porque los vínculos verdaderos no dependen de la presencia física para seguir siendo reales.

Los Ak-zal habían aprendido a disminuir el dolor mediante disciplina emocional y estabilidad colectiva. Muchas comunidades latinoamericanas parecían haber desarrollado otra estrategia completamente distinta, basada no en la eliminación de la vulnerabilidad afectiva sino en la capacidad de atravesarla juntos: convertir el duelo en reunión, la pérdida en celebración, la ausencia en presencia ruidosa y colorida que se niega obstinadamente a quedarse quieta en el silencio.

Uga empezó entonces a comprender que la conciencia humana jamás funcionaba de manera puramente individual. Que buena parte de lo que cada persona era dependía de manera constitutiva de las personas que la rodeaban, de modo que perder a alguien no era solamente perder esa presencia sino perder también la parte de sí mismo que solo existía en relación con ella. Y que las culturas que lo sabían —que habían construido rituales y costumbres alrededor de ese conocimiento— producían una forma de resiliencia que ningún sistema filosófico elaborado en soledad podía replicar.

En Medellín conoció a Graciela.

Era maestra de primaria en un barrio de los cerros, una mujer de cuarenta años que había crecido en ese mismo barrio en los años más duros de la violencia y que había decidido quedarse y enseñar allí cuando tuvo opciones de marcharse, una decisión que sus amigos consideraban un sacrificio y ella consideraba simplemente lo que tenía sentido hacer.

La conoció en una biblioteca comunitaria donde Uga había ido a buscar materiales sobre historia precolombina y donde Graciela venía cada miércoles con sus estudiantes para que practicaran la lectura en voz alta. Eran niños de ocho y nueve años que leían con la concentración intensa y un poco torpe de quien todavía está aprendiendo a confiar en las palabras, y Graciela los escuchaba con una paciencia que no era pasiva sino activa, la paciencia de quien sabe exactamente qué está esperando y está dispuesta a esperar todo el tiempo necesario.

Cuando los niños terminaron y salieron en procesión ruidosa hacia el autobús, Graciela se quedó ordenando los libros y Uga se acercó con la excusa de preguntar por una sección.

—¿Son sus estudiantes? —preguntó.

—Sí —dijo Graciela, sin dejar de ordenar.

—Leen bien.

—Leen como pueden, que no es lo mismo. —Dejó un libro en su sitio y la miró—. ¿Usted es maestra?

—No —dijo Uga—. Pero he aprendido mucho observando a personas que enseñan.

Graciela la observó un momento con esa evaluación directa y sin malicia que Uga había encontrado también en Bernardo, en la mujer del

cementerio, en casi todas las personas de ese continente que habían vivido suficiente para no tener tiempo que perder en circunloquios.

—¿Qué ha observado? —preguntó.

—Que enseñar bien requiere creer que lo que uno transmite importa. Y que esa creencia es difícil de sostener cuando el entorno no la confirma.

Graciela consideró esto.

—Aquí el entorno casi nunca la confirma —dijo—. Por eso hay que traerla de adentro.

—¿Y cuándo se acaba lo de adentro?

—Uno va a buscar más —dijo Graciela, con una sencillez que no era resignación sino algo más parecido a la descripción de un hecho natural—. A los mismos niños, a veces. Ellos también le dan a uno.

—¿No se cansa?

Graciela sonrió. Era una sonrisa que contenía cansancio y algo más que el cansancio no había conseguido borrar.

—Siempre —dijo—. Pero el cansancio de hacer algo que tiene sentido es distinto del cansancio de no hacer nada. El primero te duerme. El segundo te quita el sueño.

Uga guardó esa distinción con el cuidado con que se guarda algo frágil.

Esa revelación produjo en ella algo que no estaba preparada para admitir: apego. No hacia la humanidad entendida abstractamente como especie ni como objeto de investigación, sino hacia lugares específicos, personas concretas, pequeñas rutinas cotidianas cuya desaparición ya habría comenzado a resultarle dolorosa. El mercado de Medellín al que iba cada mañana porque Bernardo la saludaba por su nombre inventado como si ese nombre le perteneciera de verdad. El olor a copal en las calles de Oaxaca a cierta hora de la tarde, cuando la luz cambiaba y las paredes de adobe adquirían un color que no tenía equivalente en ningún otro lugar que hubiera visto. El modo en que la Ciudad de México entera se detenía durante unos segundos, exactamente al mediodía del 19 de septiembre de cada año, en memoria de los que se habían ido bajo los escombros, y nadie necesitaba explicar por qué ni coordinar el gesto porque el gesto surgía solo, de una memoria colectiva tan profunda que ya no necesitaba convocarse.

El apego la desconcertó inicialmente porque era una emoción que los Ak-zal habían aprendido a considerar una forma de debilidad intelectual: la incapacidad de aceptar la impermanencia de las cosas sin convertir esa impermanencia en motivo de sufrimiento. Pero aquí el apego no parecía una debilidad. Parecía la condición misma que hacía posible la alegría, porque la alegría requiere que algo importe, y para que algo importe es necesario saber que puede perderse.

Sin reconocerlo todavía plenamente, la Tierra estaba dejando de ser para Uga un objeto de observación.

Estaba convirtiéndose en algo que le ocurría a ella.

Y esa transformación, comprendió mientras volvía al apartamento una tarde de Oaxaca con el olor a copal en la ropa y los colores del cementerio todavía vívidos en la memoria, no era una pérdida de distancia crítica sino la adquisición de una forma distinta de conocimiento: la que solo es posible cuando uno deja de estar afuera y acepta, con todo lo que eso implica, estar adentro.

CAPÍTULO V

Las verdades que ellos también intuyeron

India. Varanasi, Rishikesh, Chennai. Tercera década.

Varanasi olía a incienso, a ceniza, a río.

El Ganges en la madrugada tenía un color que Uga no supo nombrar durante semanas: no era exactamente gris ni exactamente dorado sino algo intermedio y cambiante, como el color de una idea que todavía no terminó de formularse, que existe pero no ha encontrado todavía el lenguaje que le corresponde. En sus orillas ocurrían simultáneamente el nacimiento, la muerte, el lavado de ropa, la oración, el comercio y el juego de los niños, todo mezclado con una naturalidad que hacía imposible separar lo sagrado de lo cotidiano porque en ese lugar, claramente, esa separación nunca había existido. Lo sagrado no era un compartimento reservado para ciertos momentos ni ciertos espacios. Era la textura misma de cada cosa que ocurría.

Uga llegó a Varanasi con la actitud con que había llegado a todos los lugares anteriores: observadora, sistemática, dispuesta a registrar y clasificar. Salió de allí sin esa actitud. No porque la hubiera abandonado voluntariamente sino porque la ciudad, de algún modo que no sabría explicar con precisión, se la había quitado.

Los primeros días los pasó recorriendo los ghats al amanecer, esos escalones de piedra que descienden hacia el río y desde los cuales la ciudad entera parece inclinarse hacia el agua como si quisiera confesarle algo. Observó las ceremonias con la distancia entrenada de quien ha aprendido a mirar sin ser visto. Tomó notas mentales. Clasificó. Y sin embargo, tarde a tarde, algo en su interior comenzaba a resistirse a ese proceso, como si la realidad de lo que veía fuera demasiado densa para caber en ninguna categoría que hubiera traído consigo.

Una mañana, mientras observaba desde el borde de un ghat a un sacerdote que conducía una ceremonia fúnebre junto al agua, un hombre se sentó a su lado sin que ella lo hubiera invitado. Era viejo, delgado, con los pies descalzos sobre la piedra caliente y unos ojos que miraban el río con la

familiaridad de quien lleva décadas mirando exactamente lo mismo desde exactamente el mismo lugar.

—¿Ves algo? —preguntó, en un inglés lento y preciso.

—Veo la ceremonia —dijo Uga.

—¿Y qué más?

Uga consideró la pregunta antes de responder, porque tenía la forma de las preguntas que esperan algo distinto de la respuesta obvia.

—Veo personas que no tienen miedo —dijo finalmente.

El hombre la miró de reojo con algo que podría haber sido aprobación o simplemente curiosidad.

—¿Y tú tienes miedo?

—No exactamente. Pero no entiendo lo que veo.

—Eso es distinto —dijo el hombre—. No entender no es lo mismo que tener miedo. El miedo viene de creer que entender es necesario para estar aquí. —Señaló el río con un gesto leve—. El río no espera a que lo entendamos para seguir fluyendo.

—Pero nosotros sí esperamos —dijo Uga.

—Sí —concedió el hombre—. Eso es lo más curioso de los que piensan mucho. Que creen que pensar es un requisito previo para vivir, cuando en realidad es al revés.

Se quedaron en silencio durante un rato. La ceremonia junto al agua continuaba con su propio ritmo, indiferente a su conversación.

—¿Eres académica? —preguntó el hombre finalmente.

—Lo era —dijo Uga.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé muy bien qué soy.

El hombre asintió como si esa respuesta fuera exactamente la correcta.

—Eso —dijo— es un buen punto de partida.

India modificó algo más profundo que la percepción emocional. Modificó una certeza que Uga no había sabido que tenía hasta que empezó a resquebrajarse.

Hasta entonces, incluso después de todo cuanto había observado en Finlandia, Europa y América Latina, seguía existiendo dentro de ella una estructura silenciosa de pensamiento heredada de los Ak-zal: la convicción de que una especie científicamente avanzada debía poseer necesariamente una comprensión más profunda de la realidad que civilizaciones todavía limitadas por precariedad tecnológica. No era una convicción arrogante ni formulada conscientemente como tal. Era simplemente el fondo sobre el cual todo lo demás se organizaba, el suelo invisible sobre el que caminaba sin notarlo porque nunca había necesitado notarlo.

Ese suelo empezó a ceder en Varanasi. Se agrietó más en los monasterios de Rishikesh. Terminó de derrumbarse, suavemente, en una conversación en Chennai que Uga no olvidaría nunca.

En Rishikesh, río arriba del caos de Varanasi, la ciudad se abría a un ritmo más lento y el Ganges tenía todavía la claridad de las alturas, verde y frío y ruidoso sobre las piedras. Allí encontró una comunidad de practicantes contemplativos que vivían en una colección de edificios sencillos sobre la orilla y que mantenían una rutina de meditación, trabajo físico y estudio que se repetía con la precisión discreta de un sistema muy bien calibrado.

La mujer que la recibió se llamaba Anandamayi —un nombre largo que ella acortaba a Ananda con la naturalidad de quien no necesita su nombre completo para saber quién es— y llevaba décadas en ese lugar después de una vida anterior que no describía con detalle pero cuyas huellas eran visibles en la manera en que se movía por el mundo: con la calma específica de quien ha decidido, en algún momento difícil, no volver a moverse más rápido de lo necesario.

No era una figura extraordinaria en ningún sentido convencional: pequeña, con las manos ásperas de quien trabaja la tierra, con una sonrisa que aparecía y desaparecía con la velocidad de un pensamiento y que nunca permanecía el tiempo suficiente para volverse una postura. La primera impresión que produjo en Uga fue de invisibilidad casi completa, como si su presencia ocupara exactamente el espacio que le correspondía sin reclamar nada más.

La segunda impresión llegó cuando Ananda la miró directamente por primera vez.

No había en esa mirada ningún esfuerzo de penetración ni ninguna intención de demostrar algo. Era simplemente una mirada que llegaba hasta donde llegaba sin detenerse antes por cortesía ni pretender llegar más lejos de lo que podía. Y lo que ocurrió cuando esa mirada tocó a Uga fue algo que ninguna otra persona terrestre había producido antes: la sensación inequívoca de estar siendo vista desde adentro. No estudiada. No analizada. No clasificada. Vista.

Conversaron varias tardes, sentadas en un espacio abierto que miraba al río. Ananda hacía preguntas que parecían sencillas y que no lo eran, del tipo de las preguntas que funcionan como llaves: pequeñas, aparentemente simples, pero que al girar abren algo que uno no sabía que estaba cerrado.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó la primera tarde.

—Entender algo —dijo Uga.

—¿Qué cosa?

—Por qué ciertos caminos llegan al mismo lugar aunque partan de puntos completamente distintos.

Ananda guardó silencio durante un momento.

—¿Y si no llegan al mismo lugar? —dijo—. ¿Y si solo parecen converger desde lejos y en realidad cada uno llega a su propio lugar, que solo se parece al de los otros porque todos son lugares verdaderos?

Uga consideró esto.

—¿Importa la diferencia? —preguntó.

—Mucho —dijo Ananda—. Porque si llegan al mismo lugar, entonces hay una verdad única y el problema es solo encontrar el camino correcto. Pero si cada uno llega a su propio lugar verdadero, entonces la pregunta cambia. Ya no es cuál camino es el correcto. Es si uno está dispuesto a recorrer el suyo hasta el final.

—¿Y si el suyo de uno no lleva a ninguna parte?

—Todo camino recorrido con honestidad lleva a alguna parte —dijo Ananda —. El problema no es el destino. Es la honestidad.

Lo perturbador no era la similitud superficial entre algunas de esas intuiciones y determinados principios de la filosofía Ak-zal. Era algo más inquietante: la constatación de que ambas civilizaciones habían alcanzado conclusiones parcialmente convergentes a través de caminos radicalmente distintos. Los Ak-zal habían desarrollado su pensamiento mediante observación científica prolongada durante millones de años, apoyándose en tecnologías de una precisión extraordinaria. Ananda y los que pensaban como ella habían partido de experiencias interiores profundamente vinculadas al sufrimiento, a la fragilidad biológica, a la necesidad de encontrar sentido dentro de vidas inevitablemente limitadas por la muerte.

Dos caminos. Un horizonte parcialmente compartido.

La impermanencia de las formas. La ilusión parcial del yo entendido como entidad completamente separada de todo lo demás. La necesidad de reducir el ruido interior para percibir con claridad lo que realmente existe: todo eso había dejado de parecerle construcciones culturales primitivas y había comenzado a revelarse como aproximaciones genuinas hacia problemas que, al parecer, toda conciencia suficientemente desarrollada termina encontrando, independientemente del camino que haya tomado para llegar hasta ellos.

Fue en la última tarde, cuando la luz sobre el río se volvía casi horizontal y tiñe de naranja todo lo que toca, cuando Ananda formuló la pregunta que permanecería dentro de Uga mucho tiempo después de haber abandonado ese lugar.

—¿Cuánto tiempo llevas sintiéndote lejos de casa? —preguntó, sin énfasis particular, como si fuera la continuación natural de la conversación en lugar de un cambio de dirección completo.

Uga no respondió de inmediato.

La pregunta era simple en su forma y completamente precisa en su contenido. No preguntaba cuánto tiempo llevaba en la Tierra, ni cuánto tiempo llevaba viajando, ni cuánto tiempo había pasado desde que dejó Lal-

etom. Preguntaba cuánto tiempo llevaba sintiéndose lejos de casa. Y eso era una pregunta diferente, una pregunta que asumía algo que Uga todavía no había formulado conscientemente: que el hogar no era necesariamente el lugar de donde uno viene, sino algo más difícil de localizar y más fácil de perder.

—Mucho tiempo —dijo finalmente.

Ananda asintió.

—¿Y sabes dónde está?

—No —dijo Uga—. Todavía no.

—Eso está bien —dijo Ananda—. Saber que no sabes es el principio. La mayoría de la gente ni siquiera llega ahí. Buscan sin saber que están buscando, lo cual es como caminar en círculos creyendo que van en línea recta.

El sol terminó de posarse sobre la línea del horizonte y el río perdió su color naranja y se volvió gris en cuestión de minutos, con esa velocidad específica del crepúsculo en los trópicos que no da tiempo de acostumbrarse. Las luces de las velas en los ghats empezaron a aparecer una por una, como si alguien estuviera encendiendo estrellas desde abajo.

En Chennai, dos semanas después, Uga tuvo una conversación distinta que completó lo que Rishikesh había comenzado.

Fue con un matemático retirado llamado Subramaniam, que pasaba sus tardes en una sala de lectura pública del barrio de Mylapore y que había dedicado cuarenta años a la teoría de números antes de concluir, con la ecuanimidad de quien ha llegado a una conclusión difícil después de un esfuerzo muy largo, que las matemáticas eran el idioma más preciso que la humanidad había desarrollado para describir el universo y que, precisamente por eso, describían solamente la parte del universo que puede ser descrita con precisión.

—Todo lo demás —dijo, con los dedos entrelazados sobre la mesa— es lo más interesante. Pero no tiene lenguaje todavía.

—¿Y si nunca lo tiene? —preguntó Uga.

—Entonces tendremos que aprender a habitarlo sin describirlo —dijo Subramaniam—. Lo cual es probablemente lo que los humanos hacemos la mayor parte del tiempo sin darnos cuenta. Vivir dentro de algo que no podemos nombrar del todo y seguir adelante de todas formas.

Uga pensó en los archivos incompletos de los exploradores Ak-zal. En la frase que había leído cientos de veces: *hay algo aquí que no es cognoscible desde afuera.* Y comprendió, finalmente, con una claridad que las semanas en India habían ido preparando sin que ella lo supiera, que esa frase no era una descripción de la humanidad.

Era una descripción de lo que le ocurría a cualquier conciencia que se acercaba suficientemente a la humanidad.

El límite no estaba en los humanos. Estaba en el observador. En la distancia que el observador mantenía. En la convicción de que entender era posible desde afuera, cuando ciertas formas de comprensión solo se abren cuando uno cruza la frontera que separa el estudio de la experiencia y acepta que al cruzarla ya no podrá regresar exactamente igual a como era antes.

Que tal vez el camino más largo no era necesariamente el equivocado.

Que tal vez era el único que llegaba a donde ella, sin haberlo formulado todavía con esa claridad, llevaba toda la vida intentando llegar.

CAPÍTULO VI

El orden que también aprisiona

Japón. Tokio, Kyoto, Naoshima. Tercera y cuarta décadas.

La primera semana en Tokio, Uga se perdió tres veces.

No porque los trenes fueran difíciles de entender —el sistema era en realidad extraordinariamente lógico, con una cartografía de colores y números que funcionaba con la precisión de un reloj muy bien mantenido— sino porque la ciudad era tan densa, tan perfectamente organizada en cada detalle visible, que producía en ella una especie de parálisis cognitiva. Los andenes señalizados con líneas de colores en el suelo para indicar exactamente dónde debía formarse la fila. Los conductores con guantes blancos que saludaban al inicio de cada turno con un movimiento de cabeza tan regulado que parecía ensayado pero no lo era, o quizá lo era tanto que ya había dejado de serlo. La precisión de los horarios, que se medía en segundos y no en minutos, y cuya desviación mínima producía en las pantallas de información una disculpa pública que ningún pasajero parecía requerir pero que el sistema ofrecía de todas formas, como si la puntualidad fuera una obligación moral y no simplemente una conveniencia práctica.

Todo funcionaba. Todo funcionaba tan bien que la posibilidad del error parecía haber sido eliminada del diseño mismo de la ciudad.

Aquella perfección le recordaba algo.

Le recordaba la antigua estabilidad Ak-zal. Y eso la inquietó de inmediato, no con la incomodidad de quien encuentra algo amenazante sino con la incomodidad más sutil de quien se reconoce en un espejo inesperado y no está seguro de si lo que ve le gusta.

Los primeros días los pasó estudiando la ciudad con la metodología que había aprendido en otras partes: recorrer, observar, escuchar las conciencias circundantes con la atención calibrada que los años en la Tierra habían perfeccionado. Lo que percibió fue de una complejidad que tardó semanas en empezar a entender. Bajo la superficie impecable de una ciudad donde todo ocurría en el momento exacto y en el lugar exacto, las conciencias que la rodeaban estaban atravesadas por cansancio extremo, miedo al fracaso, presión social constante y una necesidad casi desesperada de responder adecuadamente a expectativas cuya magnitud

muchos individuos apenas comprendían ya conscientemente. Lo más perturbador era que gran parte de ese sufrimiento permanecía oculto incluso para las propias personas que lo experimentaban, como si la disciplina cultural hubiera construido una segunda piel tan adherida a la primera que nadie recordaba ya exactamente dónde terminaba una y dónde empezaba la otra.

Había hombres que no recordaban cuándo habían elegido algo por placer puro y no por deber.

Lo conoció en una izakaya del barrio de Shinjuku, una de esas tabernas estrechas y ruidosas donde los salarimen terminan el día antes de tomar el último tren, y donde el volumen y el calor del lugar crean una burbuja temporal en la que ciertas reglas cotidianas se suspenden brevemente. Se sentó al extremo de la barra, como hacía habitualmente cuando quería observar sin ser el centro de atención, y al cabo de un rato el hombre que estaba a su lado —traje oscuro, corbata aflojada, la primera cerveza a mitad— giró ligeramente hacia ella con la apertura específica de quien lleva horas callado y ha llegado al punto en que necesita hablar con alguien que no lo conozca.

—¿Primera vez en Tokio? —preguntó en japonés.

—No —respondió Uga en el mismo idioma, lo suficientemente bien como para no necesitar aclaraciones.

El hombre levantó las cejas levemente, con la expresión de quien recalibra sus suposiciones.

—¿De dónde eres?

—De muy lejos —dijo Uga, con la fórmula de siempre.

El hombre asintió como si esa respuesta le pareciera razonable en lugar de evasiva, quizá porque en ese contexto todo el mundo estaba, de algún modo, lejos de algún lugar.

—Llevas mucho tiempo aquí —dijo, que no era exactamente una pregunta.

—Algunos meses. ¿Y tú llevas mucho tiempo en Tokio?

—Toda mi vida —dijo él—. Soy de aquí. —Bebió un trago largo—. Aunque a veces eso significa exactamente lo contrario de lo que uno esperaría.

—¿En qué sentido?

El hombre consideró cómo responder. Era un hombre de unos cuarenta años, con el tipo de cara que ha olvidado hace tiempo cuándo fue la última vez que descansó de verdad, pero en cuyos ojos había todavía algo que no era del todo resignación.

—Ser de un lugar —dijo— debería significar que ese lugar te pertenece un poco. Que tienes derecho a él. Pero a veces ser de un lugar significa solamente que ese lugar sabe exactamente qué esperar de ti, y tú ya no recuerdas si alguna vez quisiste otra cosa.

—¿Y querías otra cosa?

Una pausa larga. Afuera, el ruido de Shinjuku a las once de la noche era una entidad autónoma que existía independientemente de las personas que lo producían.

—Quería ser carpintero —dijo finalmente, con la voz de quien confiesa algo que nunca ha dicho en voz alta—. Cuando tenía dieciséis años. Quería trabajar con las manos, hacer cosas que duraran. —Miró su vaso—. Pero eso no era lo que correspondía. Así que estudié economía, entré en una empresa, y aquí estoy.

—¿Y eres feliz? —preguntó Uga.

El hombre la miró con una expresión que contenía varias cosas simultáneas: sorpresa ante la pregunta, algo parecido al aprecio por la directitud, y la leve incomodidad de quien no está acostumbrado a que le hagan esa pregunta en ese tono y en ese contexto.

—La felicidad —dijo— es una categoría que uno se permite cuando ha cumplido con todo lo demás. —Hizo una pausa—. Todavía no he llegado a ese punto.

—¿Y cuándo llegarás?

Otra pausa. Más larga esta vez.

—Esa es exactamente la pregunta que no me hago —dijo—. Porque si me la hiciera tendría que responderla.

Se quedaron en silencio durante un rato. Alguien al otro extremo de la barra pidió otra ronda y el ruido del local aumentó brevemente. El hombre terminó su cerveza, dejó el dinero exacto sobre la barra —sin esperar el cambio, sin que nadie se lo pidiera— y se puso de pie.

—Buenas noches —dijo, con la corrección de quien ha mantenido hasta el final las formas que le han enseñado.

—Buenas noches —dijo Uga.

Lo vio marcharse entre las mesas llenas de otros hombres de traje oscuro con corbata aflojada, y pensó que si hubiera podido verlos desde arriba todos habrían parecido idénticos, y que la tragedia específica de cada uno de ellos era precisamente esa: que por fuera eran indistinguibles, mientras que por dentro cada uno cargaba una versión particular y privada de la misma pregunta sin respuesta.

Kyoto le reveló la otra cara.

Llegó allí en tren, una mañana de noviembre en que los arces estaban en plena combustión otoñal y el paisaje desde la ventanilla era una sucesión de rojos y amarillos que parecían demasiado intensos para ser naturales, como si la naturaleza hubiera decidido hacer algo ligeramente excesivo antes del invierno. La ciudad era más pequeña que Tokio, más lenta, con una relación distinta con el tiempo: no el tiempo medido en segundos de los horarios ferroviarios sino el tiempo largo y paciente de los templos y los

jardines y las casas de madera que llevaban siglos en el mismo lugar y no tenían intención de marcharse.

En los jardines zen encontró la otra forma de silencio.

No era el silencio exhausto del hombre de la izakaya, ese silencio que no es paz sino agotamiento disfrazado de paz. Era otra cosa: el silencio de quien ha elegido detenerse lo suficiente para percibir aquello que el ruido habitualmente oculta. Una diferencia que Uga habría descrito a cualquier Ak-zal como obvia pero que en la Tierra, descubrió, requería una educación específica para reconocer, porque los dos silencios tenían el mismo nombre y las mismas apariencias exteriores y solo se distinguían desde adentro.

Dos silencios con el mismo nombre. Naturalezas opuestas.

Fue en uno de esos jardines donde conoció a Keiko.

Era una mujer de unos setenta años que visitaba el jardín cada mañana a la misma hora, con la regularidad discreta de quien ha incorporado ese acto a su vida de una manera tan profunda que ya no lo percibe como hábito sino simplemente como parte de lo que es. Se sentaba siempre en el mismo banco de piedra, frente a la composición de rocas y gravilla rastrillada, y permanecía allí durante exactamente el tiempo que permanecía, que algunas mañanas era veinte minutos y otras era una hora completa, sin que Uga pudiera determinar qué factor dictaba la diferencia.

La tercera mañana que coincidieron, Keiko habló sin girarse hacia ella.

—Vienes a mirar —dijo, en un japonés suave y preciso.

—Sí —dijo Uga.

—¿Y ves algo?

Era la misma pregunta que el anciano de los ghats en Varanasi le había hecho semanas atrás. Uga lo notó y encontró la coincidencia significativa, no como evidencia de universalidad sino como evidencia de que ciertas preguntas emergen solas cuando el contexto las convoca.

—Veo el jardín —dijo.

—¿Qué más?

—Veo que el jardín no cambia —dijo Uga—. Pero que quien lo mira sí.

Keiko giró ligeramente la cabeza hacia ella por primera vez.

—¿Eso te parece algo bueno o algo malo?

—Depende de qué es lo que cambia —dijo Uga.

Un silencio largo. El viento movió levemente las ramas de un arce en el borde del jardín y algunas hojas rojas cayeron sobre la gravilla con una lentitud que parecía estudiada.

—Mi marido murió aquí —dijo Keiko, con la calma de quien dice algo que ha dejado de necesitar contexto para ser dicho—. En este jardín. No físicamente. Pero fue aquí donde entendió que iba a morir pronto. Y que estaba bien.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque cuando volvimos a casa esa tarde estaba en paz. Y era una paz distinta de la resignación. La resignación es cuando uno acepta algo porque no le queda otro remedio. La paz es cuando uno acepta algo porque ha encontrado dónde colocarlo.

Uga guardó esa distinción.

—¿Y usted encontró dónde colocar su muerte?

—Todavía no —dijo Keiko, con algo que podría haber sido una sonrisa—. Por eso sigo viniendo.

En la isla de Naoshima, a la que llegó en ferry desde la costa, la quietud era de una naturaleza distinta a la de los jardines de Kyoto: más abierta, más expuesta al cielo, con el mar azul oscuro rodeándolo todo y produciendo una sensación de que los bordes del mundo eran visibles y reales y no simplemente una convención cartográfica.

Visitó los museos dispersos por la isla con la atención que había aprendido a prestarle a las cosas que no se comprenden inmediatamente. Entró en un espacio de arte que consistía simplemente en un cuarto oscuro con una única fuente de luz cambiante —una luz que pulsaba lentamente entre colores sin patrón evidente, como si respirara— y se quedó inmóvil durante más de una hora.

Una anciana japonesa estaba sentada cerca de ella, también en silencio, también mirando la luz con una concentración que no era esfuerzo sino su contrario: la atención de quien ha aprendido a no oponer resistencia a lo que llega.

En un momento dado, sin motivo aparente, la anciana suspiró.

No era un suspiro de tristeza ni de cansancio ni de aburrimiento. Era el suspiro de alguien que acaba de reconocer algo que llevaba tiempo buscando sin saber exactamente qué forma tendría cuando apareciera. El sonido de una pequeña resolución interior que no necesita ser explicada porque ocurre por debajo del nivel donde las explicaciones son posibles.

Uga no supo nunca qué había reconocido esa mujer.

Pero el sonido de ese suspiro permaneció dentro de ella mucho tiempo después, como una pregunta que no necesitaba respuesta para ser real. Porque señalaba hacia algo que Japón entero le había estado mostrando desde el primer día de maneras distintas y complementarias: que el significado de una experiencia humana dependía inseparablemente de las condiciones dentro de las cuales era vivida, y que el mismo gesto —el silencio, la disciplina, la renuncia, el orden— podía representar cosas radicalmente opuestas según el territorio interior desde el cual emergiera.

El hombre de la izakaya y Keiko en el jardín usaban el mismo idioma, habitaban la misma cultura, compartían siglos de herencia común. Y sin embargo el silencio del uno era una prisión tan bien construida que él mismo había olvidado cuándo había entrado, mientras que el silencio de la

otra era el único espacio donde ella encontraba lo que necesitaba para continuar.

Uga comprendió entonces algo que los Ak-zal habían tendido siempre a ignorar en sus clasificaciones de civilizaciones inteligentes: que una cultura no es un conjunto homogéneo de respuestas sino un campo de tensiones dentro del cual cada individuo negocia a diario su propia posición. Que el orden puede liberar y puede encarcelar. Que la misma disciplina puede producir equilibrio interior o destrucción progresiva de la individualidad. Y que la diferencia entre las dos posibilidades no estaba en la norma sino en la persona que la habitaba y en el grado de conciencia con que había elegido —o no había podido elegir— habitarla.

Esa comprensión le resultó incómoda de una manera específica.

Porque implicaba que su propia civilización, con toda su serenidad y su perfección funcional y su capacidad para eliminar el conflicto visible, podía haber estado durante siglos produciendo las dos cosas simultáneamente sin que nadie lo notara: equilibrio para algunos, prisión invisible para otros, y para la mayoría algo intermedio cuya naturaleza exacta era imposible de determinar desde adentro porque desde adentro no había punto de comparación disponible.

El ferry de regreso cruzó el mar al atardecer y el sol se puso detrás de las montañas de la costa con esa precisión puntual que los japoneses habrían apreciado si el sol hubiera sido una línea de tren.

Uga permaneció en cubierta hasta que la isla desapareció en la distancia y la oscuridad convirtió el agua en una superficie perfectamente negra sobre la cual no había nada que ver.

Eso también era Japón: saber cuándo dejar de mirar.

CAPÍTULO VII

La memoria que no cede

África y Medio Oriente. Cuarta y quinta décadas.

En Nairobi olía a tierra roja después de la lluvia.

Era un olor que Uga no había encontrado en ningún otro lugar del planeta: denso, mineral, vagamente vegetal, con algo que no era exactamente dulce pero que se acercaba a eso, como si la tierra misma tuviera una opinión sobre el agua que acababa de recibirla. Las calles del centro quedaban anegadas en minutos cuando llovía, y los vendedores ambulantes cubrían sus mercancías con plásticos de colores con la eficiencia de quien ha hecho ese movimiento miles de veces y no necesita pensarlo. Luego el sol volvía, igualmente rápido, y el vapor que subía del asfalto mojado producía una luz extraña, casi blanca, que hacía parpadear.

Uga llegó a África convencida de que encontraría algo que todavía no sabía nombrar. Lo que encontró fue otra cosa: no algo que buscar sino algo que

recordar. Como si el continente tuviera la capacidad de devolver a cada visitante una versión de lo que ya llevaba consigo sin haberlo sabido.

Lo que aprendió allí no fue nuevo en el sentido de no haber existido antes. Fue nuevo en el sentido de que ella no había tenido antes las condiciones para comprenderlo.

En Nairobi conoció a una mujer llamada Wanjiru que trabajaba en un centro comunitario del barrio de Kibera enseñando a leer a mujeres adultas que no habían tenido acceso a la escuela en su infancia. Era una tarea que muchos habrían descrito como urgente o heroica, pero Wanjiru la describía con la misma calma con que Graciela en Medellín había descrito la suya: como lo que tenía sentido hacer, sin más complicación que esa.

La encontró una tarde en que Uga se había perdido —en el sentido real de la palabra, sin teléfono disponible y con las calles del barrio dispuestas en una lógica que no correspondía a ningún mapa que hubiera conseguido— y entró al centro para pedir orientación. Wanjiru estaba cerrando las sillas al final de una sesión y la miró con la evaluación directa y sin malicia que Uga ya había aprendido a reconocer como una característica de las personas que trabajan con realidades concretas y no tienen tiempo para rodeos.

—¿Buscas algo? —preguntó en inglés, aunque la pregunta tenía una amplitud que sugería que no se refería únicamente a una dirección.

—La salida del barrio —dijo Uga.

—¿Solo la salida?

Uga la miró un momento.

—Por ahora sí.

Wanjiru le indicó el camino con precisión y luego, mientras Uga se disponía a marcharse, agregó:

—Si quieres volver mañana, puedes. Siempre falta quien ayude a cargar sillas.

Uga volvió al día siguiente. Y al siguiente. Durante tres semanas fue al centro cada tarde, cargó sillas y mesas, preparó té, escuchó sin entender completamente el idioma las voces de las mujeres que practicaban letras y sílabas con la concentración de quienes saben exactamente lo que se están perdiendo y están decididas a no seguir perdiéndolo.

Una tarde, mientras recogían los materiales, Wanjiru le preguntó sin preámbulo:

—¿De dónde vienes?

—De muy lejos —dijo Uga.

—¿Y qué buscas aquí?

—Entender algo.

—¿Qué cosa?

Uga consideró la pregunta con honestidad.

—Por qué ciertos pueblos conservan su identidad después de perder casi todo lo demás.

Wanjiru la miró durante un momento que contenía varias lecturas posibles.

—Porque la identidad no está en las cosas —dijo finalmente—. Está en las historias. Y las historias no pesan, no ocupan espacio, no se queman cuando queman la casa. Las puedes llevar contigo a cualquier parte. —Dobló el último mantel con un movimiento eficiente—. El problema es cuando la gente cree que necesita el lugar para poder contar la historia. Eso es cuando se pierde todo.

—¿Y cómo se evita?

—Contando la historia antes de perder el lugar —dijo Wanjiru—. En voz alta. Muchas veces. Para que los que vienen después ya la sepan de memoria.

Uga pensó en los archivos Ak-zal. En los informes que terminaban a mitad de una oración. En todo lo que no había sido contado en voz alta porque había parecido innecesario en su momento.

En El Cairo comprendió la dimensión temporal de lo que Wanjiru le había descrito.

La ciudad era una acumulación de capas tan densa que caminar por ella era caminar simultáneamente por varios siglos sin que ninguno de ellos hubiera tenido la cortesía de hacerse a un lado para que los demás pudieran verse con claridad. Los minaretes sobre los edificios de apartamentos modernos. Los mercados del jan el-Jalilí con sus especias y sus telas y sus vendedores que hablaban seis idiomas con la naturalidad de quien ha estado vendiendo a extranjeros desde hace ochocientos años. El Nilo al atardecer, indiferente a todo, como siempre.

Allí conoció a un historiador llamado Tariq que daba clases en la Universidad Americana y que pasaba sus tardes libres en una cafetería del barrio de Zamalek escribiendo un libro sobre la memoria colectiva de los pueblos desplazados. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado, con los dedos manchados de tinta y una capacidad para la conversación que se apoyaba tanto en lo que decía como en lo que dejaba decir al otro.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre el olvido y la pérdida? —le preguntó la primera tarde, sin contexto previo, como si estuvieran en medio de una conversación que hubiera comenzado antes de que Uga llegara.

—No exactamente —dijo Uga.

—El olvido es cuando algo desaparece de la memoria. La pérdida es cuando algo desaparece de la realidad pero permanece en la memoria. El olvido es alivio. La pérdida es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Un tipo de presencia —dijo Tariq—. Una presencia incómoda, a veces dolorosa, pero presencia al fin. Los pueblos que han sufrido grandes

pérdidas no olvidan. Aprenden a vivir con una realidad doble: la que existe y la que existió y ya no existe. Y esa doble realidad los forma de maneras que los pueblos sin pérdidas comparables simplemente no comprenden.

—¿Y eso es una ventaja o una desventaja?

Tariq consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Es una condición —dijo—. Ni ventaja ni desventaja. Produce formas de resiliencia extraordinarias y también formas de sufrimiento que no desaparecen con el tiempo porque están integradas en la identidad misma. —Bebió su café—. Lo que sí es cierto es que los pueblos que han vivido eso saben algo sobre la permanencia de las cosas que los que no lo han vivido no saben. Saben que perder algo no lo hace desaparecer completamente. Que puede seguir presente de otra manera.

—¿De qué manera?

—Como obligación —dijo Tariq—. Como responsabilidad hacia los que lo perdieron. La memoria no es solamente recuerdo. Es también deuda.

Uga guardó esa distinción durante el resto de su tiempo en El Cairo y la llevó consigo a Beirut, donde adquirió un significado que ninguna categoría teórica habría podido anticipar del todo.

Beirut era una ciudad que llevaba sus cicatrices a la vista con una elegancia específica que no era indiferencia sino algo más complejo: la actitud de quien ha aprendido que ocultar las heridas no las cura y que mostrarlas tampoco, y que por lo tanto lo mejor es simplemente seguir viviendo con ellas sin hacer de ellas el centro de todo ni pretender que no están.

El barrio donde Uga encontró habitación temporal conservaba en sus fachadas las marcas de impactos de bala de una guerra que había terminado décadas atrás. Los propietarios de los edificios habían reparado lo estructural y habían pintado las paredes exteriores pero no habían rellenado todas las cicatrices, de modo que la ciudad contaba su propia historia con una mezcla de silencio y exposición que producía en quien la caminaba una sensación extraña: la de estar en un presente que no había terminado de separarse del pasado.

El hombre que Uga vio durante varios días consecutivos sentado frente a una ventana del segundo piso de un edificio de la calle paralela se llamaba Elias.

No lo supo hasta el cuarto día, cuando finalmente bajó al café de la planta baja en el momento en que ella pasaba por delante. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, con la espalda ligeramente encorvada de quien pasa muchas horas sentado y el rostro de quien ha hecho las paces con algo difícil pero no ha olvidado lo difícil que fue.

—La he visto pasar varias veces —dijo, en un árabe que ella entendía ya con suficiente fluidez.

—Y yo lo he visto a usted sentado junto a la ventana —dijo Uga.

Elias asintió sin sorpresa.

—Es mi lugar —dijo—. Desde que tengo memoria.

—¿Qué ve desde allí?

—Ahora, nada. El edificio de enfrente cayó en el noventa y tres. —Lo dijo con la misma calma con que se menciona un hecho meteorológico, no porque no le importara sino porque había tenido tiempo suficiente para incorporarlo—. Antes veía la ventana del apartamento donde vivía la familia Rahme. Cinco hijos. La señora colgaba la ropa los lunes. Tenía una sábana azul que reconocía de lejos.

—¿Y ahora sigue mirando en esa dirección?

—Sí.

—¿Por qué?

Una pausa breve. No de duda sino de precisión.

—Porque si dejo de mirar, desaparecen —dijo Elias—. La señora Rahme y sus sábanas y sus cinco hijos. Si alguien sigue recordando, algo de ellos sigue aquí. Si nadie recuerda, se van del todo.

Uga permaneció con esa frase durante varios días.

No hablaron de la guerra. Hablaron de su madre, del árbol de naranjos que había en el patio de la casa donde creció, del olor del pan que ella horneaba los viernes con una receta que nadie había escrito nunca porque parecía innecesario escribirla mientras ella viviera. Hablaron de pequeñas cosas que ya no existían pero que Elias seguía manteniendo vivas con la misma constancia con que mantenía vivo el recuerdo de la familia Rahme: no porque creyera que eso cambiaba algo en la realidad material del mundo, sino porque creía —y en eso, Uga empezaba a comprender, residía una forma de fe completamente distinta de cualquier sistema teológico— que la realidad material del mundo no era la única realidad que merecía ser sostenida.

Uga había crecido dentro de una civilización habituada a escalas históricas de millones de años, que había aprendido a integrar las pérdidas dentro de procesos cósmicos tan vastos que la nostalgia individual rara vez conservaba intensidad prolongada. Desde esa perspectiva, la actitud de Elias habría parecido una forma de incapacidad para aceptar lo inevitable. Desde la perspectiva que la Tierra le había ido enseñando, era otra cosa: una forma de resistencia ética. La negativa a tratar el olvido como si fuera inevitable. La convicción de que recordar no era un acto pasivo sino una elección activa, renovada cada día, que tenía consecuencias reales sobre aquello que se recordaba.

Por primera vez desde que abandonó Lal-etom, empezó a recordar su planeta natal no solamente como el lugar físico donde había nacido sino como una acumulación concreta de experiencias compartidas. Los paisajes ardientes de su mundo, cuyo color específico al atardecer no existía en ningún otro lugar del universo que hubiera visto. Los espacios donde había

crecido. Las presencias mentales familiares de los Ak-zal, con sus texturas particulares y sus formas de habitar el silencio compartido.

Comenzaron a dolerle.

No con el dolor agudo de una herida reciente sino con el dolor sordo y persistente de las cosas que uno lleva tanto tiempo evitando que han encontrado otra forma de hacerse presentes: por la espalda, sin avisar, en los momentos menos preparados.

Comprendió entonces que algunas pérdidas no necesitaban resolverse para seguir formando parte de una conciencia. Que la serenidad con que los Ak-zal habían contemplado la desaparición de Lal-etom no era una conquista de la sabiduría sino, en parte, una forma de no mirar. Y que no mirar no hace desaparecer lo que está ahí.

Como Elias y su ventana sin edificio al frente.

Como la señora Rahme y sus sábanas azules.

Como todas las cosas que alguien sigue manteniendo vivas simplemente porque sigue recordándolas, y que se irán del todo solo cuando el último que recuerde deje también de hacerlo.

El exilio, comprendió mientras el avión desde Beirut ascendía sobre el Mediterráneo y las luces de la ciudad se alejaban en la oscuridad, no consistía solamente en habitar lejos de un lugar. Consistía en aprender a convivir con la imposibilidad de regresar completamente a aquello que uno fue. Y esa imposibilidad no era una condena. Era simplemente la condición que comparten todos los seres que han amado algo que el tiempo ha transformado o el espacio ha puesto fuera de alcance.

Es decir: todos los seres.

Sin excepción.

CAPÍTULO VIII

No era la primera

Varios continentes. Quinta década.

La confirmación no llegó de golpe.

Llevaba años acumulándose en los márgenes de su atención, en esa zona periférica de la conciencia donde se depositan las cosas que uno sabe pero todavía no está listo para saber. Ciertos mitos de regiones muy distintas del planeta contenían referencias recurrentes a visitantes llegados desde el cielo cuya descripción emocional resultaba demasiado precisa para ser ignorada: no dioses omnipotentes ni conquistadores sino seres desplazados que observaban a la humanidad desde una mezcla compleja de fascinación y tristeza. Figuras que sabían demasiado para ser humanas y que sin embargo parecían necesitar algo que solo los humanos podían ofrecer. Figuras que, según los relatos, nunca regresaron a donde habían venido.

Uga conocía bien esa última parte.

El proceso comenzó, como suelen comenzar las investigaciones importantes, con una incomodidad que no sabía todavía nombrarse. En cada uno de los lugares que había recorrido —Finlandia, los países europeos, América Latina, India, Japón, África, el Mediterráneo— había encontrado, dispersas entre capas de mitología, ritual y narración oral, referencias que al principio catalogó como construcciones simbólicas propias de la imaginación humana y que con el tiempo empezaron a acumularse de un modo que hacía cada vez más difícil sostener esa interpretación. No porque fueran similares entre sí en la forma —sus contextos culturales eran radicalmente distintos— sino porque compartían una textura emocional que resultaba imposible de fabricar sin haberla experimentado.

La melancolía específica de quien observa algo extraordinario desde el lado equivocado de una frontera que no puede cruzar completamente.

Comenzó a revisar sistemáticamente archivos históricos, narraciones religiosas y testimonios dispersos, buscando ahora no patrones cognitivos abstractos sino huellas concretas: rastros de presencias que hubieran actuado en la Tierra de maneras imposibles de explicar únicamente desde el contexto terrestre. Algunas descripciones de comportamiento, ciertas intuiciones filosóficas transmitidas oralmente durante siglos, determinados patrones perceptivos presentes en múltiples tradiciones sin contacto histórico entre sí empezaron a organizarse dentro de ella como las piezas de un archivo que ya conocía, pero visto ahora desde el otro lado.

Desde adentro.

Fue en una biblioteca universitaria de Atenas, hojeando una colección de textos prehoméricos de acceso restringido, donde encontró la primera descripción que no podía explicar de ninguna otra manera. Era un fragmento breve, transcrito de una tablilla de arcilla cuya datación exacta los expertos discutían todavía, que describía a un ser que llegó del cielo en una forma brillante, se estableció entre los humanos durante varias generaciones, y cuya principal característica no era el poder ni la sabiduría sino una tristeza profunda e inexplicable que los aldeanos intentaban continuamente consolar sin conseguirlo del todo porque no comprendían su origen.

El ser, decía el fragmento, miraba a los humanos con una mezcla de envidia y ternura que los aldeanos encontraban desconcertante en alguien que debía saberlo todo.

Uga leyó el fragmento tres veces. Luego cerró el libro y se quedó mirando la mesa durante un tiempo que no habría sabido medir.

Encontró al profesor que custodiaba esa colección en su despacho del tercer piso, un hombre de unos sesenta años llamado Dimitriou que llevaba cuarenta años estudiando textos preclásicos con la paciencia sedimentada

de quien ha aprendido que los documentos importantes no revelan sus secretos en el primer encuentro.

—Este fragmento —dijo Uga, señalando la referencia en sus notas— ¿tiene paralelos en otras tradiciones?

Dimitriou la miró con la atención específica de quien reconoce una pregunta formulada por alguien que ya sabe más de lo que pregunta.

—Muchos —dijo—. Aunque los académicos tienden a interpretarlos como proyecciones simbólicas de los deseos humanos sobre figuras divinas. La idea del dios melancólico, del ser superior que envidia la intensidad emocional de los mortales, es un motivo que aparece en culturas que no tuvieron contacto entre sí.

—¿Y usted comparte esa interpretación?

Dimitriou entrelazó los dedos sobre el escritorio.

—Comparto la metodología —dijo con cuidado—. Pero hay detalles en algunos de estos textos que me resultan difíciles de explicar únicamente desde la psicología colectiva humana. Ciertas descripciones de comportamiento que son demasiado específicas para ser puramente simbólicas. —Hizo una pausa—. ¿Puedo preguntarle por qué le interesa este tema en particular?

—Investigación personal —dijo Uga.

Dimitriou la observó un momento más.

—Claro —dijo, y su tono indicaba que aceptaba la respuesta sin creerla del todo, lo cual era una forma de cortesía académica que Uga encontró agradable—. Si le interesa seguir, hay una colección mesoamérica en Ciudad de México que tiene materiales relacionados. Y ciertos textos védicos en Chennai que describen situaciones análogas. —Anotó algunas referencias en un papel y se lo extendió—. No soy el único que ha notado las coincidencias. Soy simplemente el que todavía no sabe cómo publicarlas sin comprometer su reputación.

Lo dijo con una sonrisa que era al mismo tiempo seria y levemente resignada, la sonrisa de quien ha elegido ser honesto sobre las limitaciones de su campo sin dramatizarlo demasiado.

La conclusión se impuso durante las semanas siguientes con la calma particular de las verdades que uno ya había intuido sin atreverse a formularlas del todo.

No era la primera.

Otros individuos provenientes de civilizaciones avanzadas habían llegado a la Tierra mucho antes que ella. Algunos permanecieron poco tiempo y dejaron rastros que las culturas locales incorporaron a sus mitologías con la lógica disponible, convirtiéndolos en dioses o semidioses o espíritus según el sistema simbólico de cada lugar. Otros se integraron silenciosamente hasta desaparecer dentro de sociedades humanas donde llevaron vidas

aparentemente ordinarias, y de ellos quedaban únicamente huellas indirectas: una intuición filosófica que aparecía en una tradición sin antecedentes claros, una forma de percibir el mundo que se transmitía en ciertos linajes sin que nadie supiera exactamente de dónde venía.

Y ninguno —ninguno en todos los registros que había podido rastrear— parecía haber regresado jamás a su mundo de origen.

Los cinco archivos incompletos que había encontrado años atrás en los repositorios de la Academia Ak-zal cobraron entonces una dimensión completamente distinta. Los había interpretado siempre como fracasos metodológicos, como expediciones mal documentadas por investigadores que habían perdido el rigor. Ahora comprendía que no era eso en absoluto. Los informes no estaban incompletos porque sus autores hubieran abandonado la investigación. Estaban incompletos porque sus autores habían dejado de ser, en algún punto imposible de precisar, los mismos individuos que los habían comenzado. Habían llegado siendo una cosa y se habían convertido en otra, y esa otra cosa ya no necesitaba —o ya no podía — seguir produciendo informes en el lenguaje de lo que habían sido antes.

Uga entendió eso con una claridad que no era solamente intelectual.

Lo entendió porque reconocía el proceso desde adentro.

La Tierra no era una trampa. Era algo más extraño y más difícil de definir: un lugar hacia el cual ciertas conciencias del universo terminaban siendo atraídas no por interés estratégico ni por superioridad tecnológica, sino por una carencia específica. Una carencia que las civilizaciones avanzadas adquirían gradualmente a medida que perfeccionaban su capacidad de controlar el sufrimiento y reducir la incertidumbre emocional. Una carencia cuyo nombre era precisamente aquello que los humanos poseían en abundancia extraordinaria y rara vez sabían valorar porque no habían conocido su ausencia.

Sufrían de manera desordenada. Amaban aun sabiendo que perderían. Construían significado dentro de vidas extremadamente frágiles sin disponer jamás de garantías definitivas sobre el sentido último de la existencia. Lo que los Ak-zal habían interpretado durante siglos como inestabilidad primitiva era en realidad una dimensión singular de la experiencia consciente: una dimensión que muchas civilizaciones avanzadas habían ido perdiendo lentamente conforme aumentaban su capacidad de controlar el dolor, como quien sube la calefacción de su casa en invierno hasta el punto en que ya no siente el frío exterior pero también ha perdido la capacidad de sentir el contraste entre el calor y el frío, que es precisamente lo que hace que el calor se sienta como algo.

Volvió a Atenas una tarde para agradecer a Dimitriou las referencias que le había proporcionado. Lo encontró en el mismo despacho, con una nueva pila de textos sobre la mesa y los mismos dedos manchados de tinta de siempre. Le llevó una botella de vino del Peloponeso porque alguien le

había dicho que era su preferencia y le pareció la forma correcta de cerrar el intercambio.

—¿Encontró lo que buscaba? —preguntó Dimitriou, aceptando la botella con una inclinación de cabeza.

—Encontré más de lo que buscaba —dijo Uga.

—Eso suele ser señal de que la pregunta estaba bien formulada.

—O de que la pregunta correcta no era la que creía estar haciendo.

Dimitriou la miró.

—¿Y cuál era la pregunta correcta?

Uga consideró cómo responder.

—Por qué ciertos seres —dijo finalmente— que tienen acceso a formas más estables y menos dolorosas de existencia eligen sin embargo permanecer en un lugar donde la existencia es inestable y dolorosa.

Dimitriou asintió lentamente, con el gesto de quien reconoce una pregunta que ha estado rondando durante mucho tiempo sin haberse formulado con esa precisión.

—Los griegos antiguos —dijo— tenían una respuesta provisional para eso. Creían que los dioses envidiaban a los mortales no a pesar de su fragilidad sino precisamente por ella. Porque la fragilidad produce una intensidad de experiencia que la inmortalidad destruye. —Miró la botella de vino en sus manos—. Aquiles eligió una vida corta y gloriosa sobre una vida larga y anodina. La elección implica que sabía lo que elegía. Y que lo prefería.

—¿Y usted lo entiende?

—Lo entiendo —dijo Dimitriou— mejor ahora que cuando era joven. Cuando era joven quería tiempo ilimitado para hacer todas las cosas. Ahora sé que el tiempo limitado es lo que hace que las cosas importen.

Uga salió del despacho con la tarde ya avanzada y caminó por las calles de Atenas entre turistas y vendedores y estudiantes y ancianos que jugaban al backgammon en las terrazas de los cafés, y pensó en Aquiles, en Eerikki, en la señora Rahme y sus sábanas azules, en la anciana del cementerio de Oaxaca que extrañaba a su hermano con gusto, en el hombre de los vasos de plástico en Barcelona, en Ananda preguntando cuánto tiempo llevaba sintiéndose lejos de casa.

Pensó en los cinco archivos incompletos.

Pensó en sí misma.

Entonces comprendió algo todavía más inquietante respecto de sí misma, algo que las semanas de investigación habían estado preparando sin que ella lo supiera del todo: la destrucción inminente de Lal-etom había sido solamente el acontecimiento visible que precipitó su huida hacia la Tierra. Pero su fascinación por esa especie ruidosa e incoherente y extraordinariamente viva había existido mucho antes de la crisis estelar.

Una parte de ella llevaba demasiado tiempo buscando precisamente aquello que su propia civilización había comenzado gradualmente a olvidar.

Había ido a la Tierra a entender por qué nadie que la había visitado de cerca había querido marcharse.

Ahora lo entendía.

Porque ella tampoco quería.

Y esa constatación, lejos de producirle la inquietud que habría producido en la Uga que había llegado a Finlandia décadas atrás con un termo de café ajeno en las manos y el frío entrando por la ropa inadecuada, le produjo algo completamente distinto.

Algo que tardó un momento en reconocer porque hacía mucho tiempo que no lo sentía en esa forma particular y con esa intensidad.

Algo que los humanos llamaban, con esa imprecisión característica con la que nombraban las cosas más importantes, alivio.

CAPÍTULO IX

Lo que la Tierra le hizo

Sin lugar fijo. Sexta y séptima décadas.

Eerikki murió en febrero.

Uga lo supo antes de que alguien se lo dijera, porque por la mañana, cuando llegó a la biblioteca donde ya no trabajaba pero seguía yendo a veces —con la costumbre sedimentada de quien no sabe exactamente qué busca en un lugar pero sabe que ese lugar le pertenece un poco—, faltaba el termo de café sobre el mostrador de la entrada y esa ausencia tenía una textura distinta a la de los días en que él simplemente llegaba tarde. Los días en que Eerikki llegaba tarde el mostrador tenía algo de expectativa, como un espacio que todavía espera ser ocupado. Ese día el mostrador tenía la quietud definitiva de los espacios que ya no esperan nada.

Llamó a la hija de Eerikki —el número lo había guardado sin saber muy bien por qué, como quien conserva una llave por si acaso y luego no recuerda haber tomado esa decisión— y la voz al otro lado del teléfono confirmó lo que ella ya sabía con la brevedad de quien ha tenido que decir lo mismo muchas veces en los últimos días y ya no tiene energía para los preámbulos.

—Murió el miércoles por la noche —dijo la hija—. En casa. Tranquilo.

—Lo siento —dijo Uga.

—Habló de usted la última semana —dijo la hija—. Dijo que era la persona más rara que había conocido en su vida. —Una pausa—. Lo dijo con afecto.

Uga no respondió de inmediato.

—Era recíproco —dijo finalmente.

Pasó los días siguientes en Helsinki, en el apartamento que seguía alquilando cuando volvía a la ciudad aunque viviera cada vez más tiempo en otros lugares, esperando involuntariamente la aparición de ciertos pensamientos familiares. Pequeñas asociaciones emocionales que durante años habían acompañado de manera constante su experiencia cotidiana: la certeza tranquila de que en algún sótano de aquella biblioteca había alguien cuya presencia organizaba silenciosamente parte de la realidad. Algunas mañanas, incluso en ciudades distintas, había creído percibir fragmentos de aquella presencia entre el ruido mental que continuamente la rodeaba. Ahora buscaba esos fragmentos y encontraba únicamente la forma del espacio que habían dejado.

Poco a poco, el silencio se impuso.

No el silencio agradable de las mañanas compartidas con el café y la ventana nevada. Otro silencio: el que queda cuando algo que sostenía una parte del mundo interior de uno desaparece y uno comprende por primera vez exactamente cuánto peso cargaba ese algo, precisamente porque ya no está.

Fue entonces cuando comprendió verdaderamente que la desaparición humana no consistía únicamente en ausencia física visible. Consistía también en la alteración profunda del espacio interior dentro del cual otras conciencias organizan silenciosamente la percepción del mundo. Eerikki no había ocupado un lugar grande en su vida, medido en horas o en conversaciones o en intercambios de ideas. Había ocupado un lugar preciso: la certeza de que existía, de que cada mañana subiría del sótano con el termo, de que el silencio compartido con él tenía una densidad distinta del silencio a solas. Y ese lugar preciso, pequeño pero exacto, no podía ser reemplazado por nada porque no había sido ocupado por sus cualidades abstractas sino por él, por Eerikki específicamente, por nadie más.

Päivi la encontró una mañana en el café de la esquina donde solían coincidir cuando Uga estaba en la ciudad. Se sentó frente a ella sin preguntar si podía hacerlo, con la directitud familiar de quien lleva años siendo colega y sabe que las preguntas de cortesía a ciertas alturas son una forma de distancia más que de respeto.

—Supe lo de Eerikki —dijo.

—Sí.

—¿Estás bien?

Uga consideró la pregunta honestamente.

—No del todo —dijo.

Päivi asintió. Pidió dos cafés con un gesto hacia el mostrador y esperó a que llegaran antes de seguir hablando.

—Era un hombre bueno —dijo—. De los que no hacen ruido pero sin los cuales todo funciona peor.

—Sí —dijo Uga.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace tres meses. Estuve en Helsinki en noviembre.

—¿Hablasteis?

—Un poco. Me contó que había visto a su hija en verano. Que habían ido juntos al lago donde veraneaba de niño. —Uga miró el café—. Me pareció que estaba contento.

—Eso es bueno —dijo Päivi—. Que lo último que hayas sabido de él fuera que estaba contento.

Uga guardó silencio un momento.

—¿Crees que eso cambia algo? —preguntó.

Päivi la miró con esa atención directa que seguía teniendo después de todos esos años.

—No cambia lo que perdiste —dijo—. Pero cambia cómo lo recuerdas. Y eso sí importa. Porque lo que recordamos es todo lo que nos queda de las personas.

La experiencia produjo en Uga una forma de dolor cuya intensidad ninguna formulación filosófica conseguía disminuir. Intentó recuperar las enseñanzas Ak-zal sobre impermanencia y continuidad cósmica, sobre la integración de las pérdidas individuales dentro de procesos más vastos que cualquier existencia particular. Las había practicado durante millones de años de historia colectiva. Debían funcionar.

No funcionaron.

O más exactamente: funcionaban en el nivel en que siempre habían funcionado, que era el nivel del pensamiento abstracto, y el dolor de la ausencia de Eerikki no existía en ese nivel. Existía en otro más profundo, más concreto, más resistente a la razón, un nivel donde los argumentos sobre la impermanencia de todas las cosas llegaban y rebotaban sin penetrar porque ese nivel no era accesible mediante argumentos sino únicamente mediante tiempo y mediante la presencia de otras personas que también sostuvieran el dolor sin intentar resolverlo.

Eso era lo que Eerikki le había enseñado que hacía. Y ahora que él no estaba, Uga lo hacía con Päivi, y Päivi con ella, en un café de Helsinki con dos tazas de café y ninguna prisa de ninguno de los dos lados por terminar la conversación antes de que estuviera lista para terminar.

Pero la muerte de Eerikki no fue la única transformación de ese período, ni siquiera la más profunda aunque sí la más visible.

Durante años, con una acumulación tan gradual que fue casi imposible de detectar en tiempo real, las emociones ajenas habían comenzado a permanecer dentro de ella más tiempo del habitual. Ciertos recuerdos escuchados accidentalmente en otros empezaban a mezclarse con experiencias personales hasta volverse difíciles de separar. A veces

despertaba sintiendo tristeza o nostalgia sin poder identificar con certeza si aquellas emociones procedían de sí misma o de personas con quienes había convivido recientemente. La frontera entre lo propio y lo ajeno, que entre los Ak-zal era clara y estaba bien mantenida por la estructura misma de su percepción compartida, se había vuelto porosa de una manera que no era exactamente pérdida de control sino algo más parecido a una disolución gradual de una separación que quizá nunca había sido tan necesaria como su civilización había supuesto.

La humanidad no coexistía simplemente junto a ella.

La estaba modificando.

Intentó resistirse. Buscó durante algunas semanas regiones aisladas donde el ruido emocional circundante fuera menor, lugares con poca densidad humana donde pudiera recalibrarse según los parámetros Ak-zal que todavía recordaba. Pasó un mes en el norte de Islandia, en un lugar donde el viento y el silencio y el frío eran las únicas presencias constantes. Recuperó antiguas prácticas mentales de estabilidad, ejercicios de disciplina interior que su especie había desarrollado durante milenios y que en otro tiempo habían producido en ella un equilibrio claro y sostenible.

Nada de ello funcionó como había funcionado antes.

No porque las prácticas fueran ineficaces. Sino porque el punto desde el cual las practicaba había cambiado. La modificación ya no provenía del exterior. La experiencia humana había comenzado a formar parte constitutiva de su propia conciencia, de modo tan profundo que ya no era posible señalar exactamente dónde terminaba ella y dónde comenzaba todo lo demás. Era como intentar separar el agua de la sal en el mar: técnicamente posible pero fundamentalmente contrario a la naturaleza de lo que el proceso había producido.

Una noche en Reikiavik, caminando por el puerto con el viento frío del Atlántico y el cielo sin estrellas cubierto de nubes, se detuvo y se preguntó en voz alta, sin que nadie pudiera escucharla, quién era ahora.

No con angustia. Con genuina curiosidad.

Porque la respuesta que habría dado décadas atrás —investigadora Ak-zal de patrones cognitivos en civilizaciones emergentes, temporalmente en misión de campo— ya no correspondía a nada real. Y la respuesta que comenzaba a insinuarse —alguien que había vivido demasiado tiempo en la Tierra para ser lo que era antes y no lo suficiente para saber todavía con precisión lo que estaba siendo— era incómoda no porque fuera negativa sino porque era genuinamente nueva. No había categoría preexistente donde colocarla.

La constatación la obligó finalmente a aceptar una verdad que había evitado silenciosamente durante décadas.

No había llegado a la Tierra únicamente para estudiar a la humanidad. Había llegado porque una parte de sí misma necesitaba experimentar

precisamente aquello que la serenidad Ak-zal había ido eliminando gradualmente: la intensidad afectiva nacida de vivir dentro de límites temporales, pérdidas inevitables y vínculos cuya fragilidad los volvía irremplazables. Había llegado buscando una respuesta a los archivos incompletos. Pero la pregunta real —la que había estado debajo de todas las demás desde el principio— era otra.

Qué se pierde cuando una conciencia aprende a no perder nada.

Y la respuesta, que la Tierra le había ido dando de manera paciente y sistemática durante décadas a través de Eerikki y Päivi y Aino y Bernardo y Wanjiru y Elias y Ananda y Dimitriou y el hombre de los vasos de plástico en Barcelona y la anciana del cementerio de Oaxaca y todos los demás, era esta: se pierde la posibilidad de que algo importe de verdad.

Porque las cosas importan en la medida en que pueden perderse. Y una conciencia que ha eliminado la posibilidad de la pérdida ha eliminado también, sin saberlo, la condición que hace posible que algo valga algo.

Comprender aquello significó reconocer también que la identidad que había traído desde Lal-etom no estaba simplemente adaptándose a un entorno distinto.

Estaba desapareciendo.

Y en su lugar estaba surgiendo algo que ella misma no sabía todavía cómo nombrar con precisión, pero que reconocía con la misma certeza con que se reconoce el olor del pan que alguien hornea en algún lugar invisible: algo que existe aunque uno no pueda localizarlo todavía, algo que es inequívocamente real antes de que la mente encuentre las palabras que le corresponden.

Volvió a Helsinki al cabo de dos semanas en Islandia.

Päivi la estaba esperando en el mismo café, en la misma mesa, con dos tazas de café ya pedidas.

—¿Mejor? —preguntó.

—Diferente —dijo Uga.

Päivi asintió como si esa respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—El café está caliente todavía —dijo.

Y eso fue suficiente.

CAPÍTULO X

Portadores de una cualidad rara

Sin lugar fijo. Octava década.

Había una pregunta que Uga había evitado formularse con precisión durante décadas, no porque la respuesta le diera miedo sino porque sabía que una vez formulada con la claridad suficiente ya no podría ignorarla, y

que no poder ignorarla tendría consecuencias que todavía no estaba segura de estar dispuesta a asumir.

La pregunta era esta: ¿qué hace que una forma de vida consciente valga la pena?

No en términos de supervivencia ni de eficiencia ni de duración. En términos de algo más difícil de medir y más importante que cualquiera de esas cosas. En términos de si la experiencia de existir, tomada en su conjunto, produce algo que merece haber ocurrido.

Llevaba semanas en una ciudad que no importaba —podría haber sido Estocolmo o Lisboa o Viena o cualquier otra ciudad europea de tamaño mediano con bibliotecas buenas y cafés donde nadie te pregunta por qué llevas tres horas en la misma mesa— cuando la pregunta finalmente se impuso con la claridad que había estado esperando.

No llegó de una experiencia extraordinaria. Llegó de algo completamente ordinario: observar a una pareja de edad avanzada caminando por la calle un domingo por la mañana. Caminaban despacio, con la lentitud que impone el cuerpo cuando ya no tiene prisa, y lo hacían en silencio pero con las manos enlazadas con la naturalidad de un gesto que se ha repetido tantas veces que ya no requiere decisión consciente. En un momento dado el hombre señaló algo en el escaparate de una tienda cerrada. La mujer miró, asintió, dijo algo que Uga no alcanzó a escuchar desde la distancia. Ambos siguieron caminando.

Nada ocurrió. No había historia en eso. No había significado evidente ni estructura narrativa ni lección extraíble. Simplemente dos personas viejas caminando un domingo por la mañana con las manos enlazadas, señalando escaparates cerrados, diciendo cosas que nadie más necesitaba escuchar.

Y sin embargo.

Uga permaneció en el banco donde estaba sentada mucho tiempo después de que la pareja desapareciera al doblar la esquina. Intentó identificar qué era exactamente lo que esa imagen había tocado dentro de ella, y lo que encontró fue esto: la certeza de que lo que había visto no era pequeño. Era pequeño en su apariencia y enorme en su naturaleza. Era la evidencia de que dos conciencias habían conseguido construir, a lo largo de años de convivencia ordinaria, un territorio común cuya existencia era completamente invisible para cualquier observador externo y completamente real para los dos que lo habitaban.

Eso era lo que los Ak-zal habían olvidado valorar.

No la ausencia de sufrimiento. No la eficiencia. No la estabilidad de los grandes sistemas. Eso.

Buscó a una persona con quien hablar de aquello y recordó que la única persona disponible en esa ciudad que podría entender la pregunta era una filósofa llamada Elena con quien había compartido una conferencia varios años atrás y con quien había mantenido desde entonces una

correspondencia irregular pero substantiva. Le escribió esa tarde. Elena respondió en una hora y propuso encontrarse al día siguiente en el café que quedaba cerca de la universidad donde enseñaba.

Era una mujer de unos cincuenta años, alta y directa, con la costumbre intelectual de ir al centro de las cosas sin dar demasiadas vueltas alrededor. Llegó con diez minutos de retraso y sin disculparse, lo cual Uga había aprendido a interpretar no como descortesía sino como confianza: uno no se disculpa con las personas ante quienes no necesita mantener una apariencia.

—Me escribiste algo sobre una pareja caminando —dijo Elena, sentándose y pidiendo café con el mismo gesto simultáneo.

—Sí —dijo Uga.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres pensar a partir de eso?

—Por qué eso me parece más significativo que cualquier logro que pueda medir objetivamente.

Elena la miró.

—¿Más significativo en qué sentido?

—En el sentido de que si tuviera que elegir entre una civilización que ha resuelto todos sus problemas materiales y vive en equilibrio perfecto, y esa pareja de viejos caminando con las manos enlazadas y señalando escaparates cerrados, elegiría lo segundo. Y no sé exactamente por qué, lo cual me resulta filosóficamente incómodo.

Elena sonrió con la expresión de quien reconoce un problema que ha estado pensando desde hace mucho tiempo aunque nunca lo haya formulado exactamente de esa manera.

—Lo que describes —dijo— es la tensión entre dos formas de valor que nuestra tradición filosófica ha tratado de reconciliar sin éxito durante siglos. El valor como utilidad, como lo que sirve para algo, como lo que produce resultados medibles. Y el valor como significado, como lo que importa independientemente de sus consecuencias, como lo que uno elegiría aunque no produjera ningún resultado externo verificable.

—¿Y hay alguna forma de reconciliarlos?

—No satisfactoriamente —dijo Elena—. Que es probablemente por lo que seguimos intentándolo. —Bebió un sorbo de café—. Pero hay algo que sí puedo decirte. Lo que viste en esa pareja no era pequeño. Era la evidencia de algo que los filósofos han llamado de muchas maneras distintas a lo largo de la historia y que en el fondo describe siempre lo mismo: la capacidad de dos seres para crear entre ellos una realidad que no existía antes de que se encontraran y que deja de existir cuando se separan. Una realidad que es completamente real aunque sea completamente invisible para cualquiera que no esté adentro.

—¿Y eso tiene valor en sí mismo?

—Tiene el único tipo de valor que no puede medirse desde afuera —dijo Elena—. El valor de lo que es irreductiblemente particular. Esa pareja específica, ese domingo específico, ese gesto específico que se ha repetido miles de veces y que sin embargo no es el mismo que ayer porque ellos no son exactamente los mismos que ayer. Eso no puede generalizarse. No puede escalarse. No puede ser producido en masa ni conservado en ningún archivo. Simplemente ocurre, deja su marca en los dos que lo viven, y cuando uno de ellos desaparece la marca permanece en el otro como algo que ya no puede compartirse pero tampoco puede perderse del todo.

Uga guardó silencio durante un momento.

—¿Y eso te parece suficiente? —preguntó—. ¿Que algo ocurra, deje su marca, y luego desaparezca sin quedar registrado en ninguna parte?

Elena la miró con una expresión que contenía algo que no era exactamente tristeza pero se le parecía.

—Es todo lo que tenemos —dijo—. Y sí, me parece suficiente. No porque sea lo ideal sino porque lo contrario —que nada valga si no dura eternamente y no puede medirse desde afuera— destruye la posibilidad de vivir con algún tipo de dignidad dentro de una existencia que es, por definición, temporal y particular.

Cuando Uga comenzó a contemplar retrospectivamente todo cuanto había aprendido desde su llegada a la Tierra, comprendió que ninguna de las categorías que los Ak-zal utilizaban para clasificar civilizaciones inteligentes resultaba suficiente para describir a la humanidad. Los criterios convencionales —avance tecnológico, estabilidad política, control racional de impulsos destructivos, capacidad de cooperación colectiva— revelaban solamente una parte limitada de aquello que podía volver singular a una forma de vida consciente.

La humanidad era contradictoria en casi todos esos aspectos. Había producido sistemas filosóficos profundos y tecnologías extraordinarias mientras conservaba simultáneamente estructuras sociales atravesadas por desigualdad, violencia y conflictos recurrentes que ningún nivel de inteligencia colectiva había conseguido resolver del todo. Era capaz de compasión inmensa y destrucción absurda dentro de intervalos históricos extremadamente breves, a veces dentro del mismo individuo, a veces dentro del mismo día.

Pero la verdadera singularidad de la especie no residía en ninguna forma convencional de progreso.

Era otra cosa.

Los seres humanos poseían una capacidad excepcional para construir significado dentro de la fragilidad. No a pesar de ella, no ignorándola, sino precisamente a través de ella, utilizando la conciencia de la propia finitud como el material mismo con el que se construye el sentido. Aquella cualidad comenzó a parecerle extremadamente rara desde una perspectiva

cósmica más amplia, porque muchas civilizaciones avanzadas tendían, conforme aumentaban su capacidad tecnológica y reducían la incertidumbre material, a disminuir también la intensidad emocional de la experiencia individual. Algunas suprimiendo gradualmente el conflicto interior. Otras reduciendo los vínculos afectivos profundos para minimizar el sufrimiento asociado a la pérdida. Con el tiempo, terminaban construyendo culturas extraordinariamente eficientes pero emocionalmente silenciosas. Culturas donde todo funcionaba y nada urgía. Donde nada se perdía porque nada se amaba lo suficiente para que su pérdida resultara insoportable.

La humanidad, en cambio, persistía obstinadamente en formas de existencia mucho más vulnerables.

Seguía amando aun sabiendo que perdería inevitablemente aquello que amaba. Seguía formando familias, amistades y comunidades aunque la muerte atravesara todas esas relaciones desde el principio. Seguía creando arte, rituales y sistemas de significado dentro de un universo que jamás le ofrecía garantías definitivas sobre el sentido último de la existencia. Seguía señalando escaparates cerrados un domingo por la mañana porque el otro estaba allí y había que decirle algo, y eso era suficiente.

Uga comprendió entonces que la fragilidad humana no representaba únicamente una limitación evolutiva. Era también la condición misma que hacía posibles ciertas intensidades afectivas inexistentes en civilizaciones demasiado estabilizadas. El tiempo breve volvía urgente el amor. La vulnerabilidad hacía preciosos los vínculos. La incertidumbre obligaba a construir sentido activamente en lugar de recibirlo como una estructura ya garantizada por sistemas que funcionaban sin necesidad de que nadie pusiera nada de su parte.

Por primera vez sospechó que algunas especies quizá no desaparecían únicamente debido a guerras, catástrofes materiales o agotamiento de recursos. Desaparecían también porque la búsqueda obsesiva de estabilidad terminaba erosionando lentamente aquello que volvía significativa la experiencia consciente, hasta que llegaba un punto en que todo funcionaba perfectamente y nada importaba demasiado, y en ese punto la especie seguía existiendo en sentido técnico pero había dejado de vivir en ningún sentido real.

El exceso de control producía, finalmente, una forma sofisticada de vacío interior.

Los Ak-zal estaban en ese camino. Llevaban en él millones de años. Y ella lo había sabido —lo había intuido sin formularlo— mucho antes de encontrar los archivos incompletos en los repositorios de la Academia. Por eso los archivos le habían importado tanto desde el principio. No porque fueran un misterio académico. Porque eran un espejo.

Volvió al café donde había quedado con Elena un par de horas después de que se hubieran separado, no porque hubiera olvidado algo sino porque quería decirle una cosa que no le había dicho.

Elena seguía allí, con una segunda taza de café y un libro abierto que cerró cuando la vio entrar.

—¿Olvidaste algo? —preguntó.

—No —dijo Uga—. Quería decirte que lo que dijiste antes sobre el valor de lo irreductiblemente particular, sobre lo que ocurre y deja su marca aunque no quede registrado en ningún archivo, me parece la cosa más importante que alguien me ha dicho en mucho tiempo.

Elena la miró con una expresión que combinaba sorpresa genuina y algo que se parecía a la satisfacción discreta de quien sabe que ha acertado en algo sin haberse propuesto acertar específicamente en eso.

—¿Por qué me lo dices ahora? —preguntó.

—Porque —dijo Uga— si no te lo digo ahora, es posible que no volvamos a vernos. Y quería que lo supieras mientras todavía puedo decírtelo.

Elena guardó silencio un momento.

—Esa —dijo finalmente— es exactamente la actitud que hace que las cosas importen.

Tal vez esa era también la razón por la que ninguno de los visitantes anteriores había regresado.

No porque la Tierra los hubiera atrapado.

Sino porque habían aprendido, como aprende cualquier ser que permanece el tiempo suficiente cerca de la humanidad, que hay una diferencia entre existir y vivir, y que esa diferencia no está en ningún sistema filosófico ni en ninguna estructura de civilización avanzada sino en la capacidad de decirle a alguien, antes de que sea demasiado tarde, lo que ese alguien significa.

Y que esa capacidad, una vez adquirida, hace muy difícil regresar a un lugar donde no existe.

CAPÍTULO XI

Aprender a llorar

Finlandia. La misma biblioteca. Novena década.

Eerikki había muerto hacía más de veinte años.

Uga pensaba en él con poca frecuencia, pero con gran precisión. No como se piensa en una idea sino como se piensa en un olor: de pronto, sin buscarlo, con una concreción inmediata que no necesita reconstrucción intelectual. El termo de café sobre el mostrador. Las manos grandes con los nudillos ásperos de quien trabaja durante décadas en espacios fríos. El modo en que miraba hacia la ventana sin decir nada cuando afuera nevaba, como si la nieve fuera una opinión con la que estaba de acuerdo y que no requería ser discutida porque era lo suficientemente clara en sí misma.

Volvió a Helsinki porque había cosas que solo se comprenden en el lugar donde ocurrieron.

No con urgencia. No empujada por ninguna circunstancia exterior particular. Simplemente sintió que había llegado el momento de volver, de la misma manera en que uno siente que ha llegado el momento de visitar la tumba de alguien: no porque la tumba contenga algo que no estuviera disponible en otro lugar, sino porque el lugar físico tiene una función simbólica que ningún otro gesto puede sustituir del todo. Que estar ahí, en ese suelo específico, con ese aire específico alrededor, hace que ciertas cosas se vuelvan más reales de lo que pueden volverse en ningún otro sitio.

La ciudad había cambiado menos de lo que esperaba. Helsinki era así: una ciudad que cambiaba lentamente y con cuidado, como si desconfiara de los cambios que no habían sido suficientemente pensados. La biblioteca seguía en el mismo edificio del centro, aunque ahora tenía un ala nueva de cristal y acero que alguien había añadido sin que nadie que Uga conociera hubiera pedido opinión, y que le pareció innecesaria y hermosa al mismo tiempo, como suelen ser las cosas que no estaban en el plan original pero que una vez que existen resulta difícil imaginar que no existieran. El mostrador de la entrada era diferente, más moderno, con una pantalla táctil que indicaba la disponibilidad de los fondos. El olor, sin embargo —papel, calefacción, café de máquina—, era exactamente el mismo.

Los olores son lo último que cambia.

Päivi ya no trabajaba allí. Se había jubilado hacía cinco años y vivía en Tampere cerca de su hija. Se habían escrito durante todo ese tiempo con la regularidad discreta de quien mantiene un vínculo sin necesitar demostrarlo constantemente. Uga le había mandado un mensaje antes de venir y Päivi había respondido con su eficiencia característica: *Estaré en Helsinki el viernes. Podemos comer.*

Se encontraron en un restaurante del mercado cubierto, uno de esos lugares que existen en Helsinki desde hace más de un siglo y que han decidido no cambiar nada porque el cambio les parece una concesión innecesaria a modas que terminarán pasando. Päivi había envejecido con la misma discreción con que había hecho todo lo demás: sin dramatismo, sin resistencia visible, con la actitud de quien acepta que el tiempo pasa no porque no le importe sino porque pelear contra ello le parece una pérdida de tiempo.

—Estás igual —dijo Päivi, mirándola con esa atención directa que no había perdido.

—Tú también —dijo Uga.

—Miento mejor que tú —dijo Päivi, y sonrió con la sonrisa que tenía cuando algo le parecía genuinamente divertido—. Pero gracias.

Comieron arenque con patatas y pan oscuro de centeno y bebieron cerveza ligera, y hablaron de la jubilación de Päivi, de la hija y los nietos, de los cambios en la biblioteca, de varias cosas que no tenían urgencia pero que era agradable decirse en voz alta porque eso es también lo que hacen las personas que se conocen desde hace mucho tiempo: ponerse al corriente

no porque la información sea crítica sino porque el acto de ponerse al corriente es en sí mismo una forma de confirmar que el vínculo sigue ahí, que ha sobrevivido el tiempo y la distancia y la vida que cada uno ha llevado por su lado.

En un momento dado, sin que ninguna de las dos lo hubiera conducido explícitamente hacia allí, la conversación llegó a Eerikki.

—Lo extraño —dijo Uga.

Päivi la miró.

—¿Todavía?

—Todavía. Aunque de manera distinta.

—¿Distinta cómo?

Uga consideró cómo responder con precisión.

—Al principio lo extrañaba de una manera que tenía que ver con la ausencia. Con el espacio vacío donde él había estado. Ahora lo extraño de una manera que tiene más que ver con su presencia. Como si hubiera aprendido a llevarlo conmigo en lugar de solamente notar que no está.

Päivi asintió lentamente, con el gesto de quien reconoce algo que ha experimentado por su cuenta pero nunca había formulado de esa manera.

—Eso es lo que ocurre con el tiempo —dijo—. Al principio el duelo es la forma de la pérdida. Después, si uno tiene suerte, se convierte en la forma del recuerdo. Y el recuerdo es otra cosa. El recuerdo es presencia de un tipo distinto.

—¿Tú has perdido a alguien así?

—A mi madre —dijo Päivi, sin vacilación—. Hace doce años. Todavía la escucho a veces cuando tengo que tomar una decisión difícil. No su voz exactamente. Pero sé lo que habría dicho y eso tiene el mismo efecto.

—¿Y eso no te entristece?

—Me entristece y me acompaña al mismo tiempo —dijo Päivi—. Las dos cosas. Eso es lo que no entendía cuando era joven: que una persona puede estar muerta y seguir formando parte de lo que uno es. Que no es contradicción. Es simplemente cómo funcionan las personas que importan.

Después de comer caminaron por el mercado cubierto, entre los puestos de pescado y queso y las flores que los finlandeses compran con una regularidad que a Uga siempre le había parecido admirable: como si las flores fueran un artículo de primera necesidad y no un lujo ocasional. Päivi compró un ramo de anémonas azules con la misma naturalidad con que habría comprado pan.

—¿Vas a ir a la biblioteca? —preguntó Päivi.

—Esta tarde —dijo Uga.

—¿Al sótano?

—No sé si se puede todavía.

—Se puede —dijo Päivi—. Le dije a la nueva supervisora que podrías pasar. No le expliqué por qué. Se lo tomó bien.

Uga la miró.

—¿Cuándo decidiste hacer eso?

—Cuando me escribiste diciendo que ibas a venir —dijo Päivi, con la simpleza de quien ha realizado un gesto tan natural que no le parece necesario explicarlo—. Pensé que querrías.

La biblioteca olía igual que siempre.

Uga entró por la puerta lateral, la misma por la que había entrado miles de veces a lo largo de los años, y caminó por los pasillos con la lentitud de quien no tiene prisa porque sabe exactamente adónde va y no necesita apresurarse. Los fondos de humanidades seguían en el tercer piso. Las secciones tenían nombres nuevos en los carteles, una nomenclatura más moderna, pero los libros eran en su mayor parte los mismos, con los mismos lomos gastados que ella recordaba y que en algunos casos había gastado ella misma al sacarlos y devolverlos decenas de veces.

Bajó al sótano por la escalera que llevaba al área técnica.

El sótano olía a humedad controlada y a pintura vieja y a algo metálico que Uga asociaba de manera tan directa con Eerikki que durante un momento la sensación fue completamente física: la certeza de que él debía estar allí en algún lugar, que si doblaba la esquina correcta lo encontraría con las manos en alguna tubería o revisando algún panel eléctrico con la calma metódica que había tenido para todo.

Dobló la esquina.

Había una persona distinta, más joven, con el mismo tipo de mono de trabajo pero sin el termo de café. Levantó la vista cuando escuchó pasos.

—¿Busca algo? —preguntó.

—No —dijo Uga—. Solamente quería ver el lugar.

El joven la miró con la expresión de quien no entiende del todo pero tampoco ve razón para objetar.

—Adelante —dijo, y volvió a lo que estaba haciendo.

Uga permaneció en el sótano durante quince minutos. No hizo nada en particular. Simplemente estuvo allí, en ese espacio que olía a Eerikki sin que Eerikki estuviera, y dejó que eso fuera suficiente. Que el lugar hiciera lo que los lugares hacen cuando uno los visita con la intención correcta: no darle nada nuevo sino ayudarle a encontrar lo que ya tiene dentro.

Fue en esa visita cuando comprendió de manera definitiva algo que había estado comprendiendo en capas sucesivas desde la muerte de Eerikki.

La muerte había sido concebida entre los Ak-zal principalmente como una transformación natural inscrita dentro de procesos cósmicos mucho más vastos que cualquier existencia individual. Incluso la desaparición de Lal-

etom había sido aceptada con una serenidad que ahora, desde la perspectiva de décadas vividas en la Tierra, le parecía no tanto admirable como incompleta. No porque la serenidad fuera falsa. Sino porque era una serenidad que se había construido manteniendo la muerte a distancia, convirtiéndola en un proceso abstracto, negándole la posibilidad de tocar realmente la estructura interior de quien seguía viviendo.

Eerikki no había sido un personaje importante en ningún sentido que los libros de historia reconocerían. No había cambiado el curso de ningún acontecimiento ni producido ideas que transformaran civilizaciones. Era un hombre que subía cada mañana de un sótano con un termo de café, que miraba nevar sin decir nada, que había querido a su mujer durante treinta y ocho años y había seguido queriéndola después de que se fue, y que había encontrado en el silencio compartido con una extranjera una forma de compañía que ninguno de los dos había buscado exactamente y que sin embargo se había vuelto, con el tiempo, necesaria para ambos.

Y su ausencia había dejado dentro de Uga un espacio que ningún pensamiento abstracto había conseguido llenar.

No un agujero. Un espacio. Hay una diferencia: el agujero es una ausencia que duele porque interrumpe algo que debería estar continuo. El espacio es una ausencia que tiene forma propia, que conserva la silueta de lo que estuvo, que no duele exactamente sino que recuerda, que es en sí mismo una presencia de tipo particular: la presencia de lo que fue y ya no es pero no ha dejado de formar parte de lo que uno es.

Comprendió entonces, con una claridad que no necesitaba más elaboración filosófica, algo que los humanos parecían saber intuitivamente desde hacía milenios y que los Ak-zal habían comenzado lentamente a olvidar: que la vulnerabilidad asociada a la pérdida no constituye simplemente una consecuencia indeseable del afecto. Es precisamente la condición que vuelve reales y significativos los vínculos entre seres conscientes. Cuanto más profundamente se incorpora otra vida dentro de la propia experiencia interior, más inevitable se vuelve el sufrimiento asociado a su desaparición futura. Pero precisamente esa posibilidad de pérdida es también aquello que otorga densidad emocional al amor, a la amistad y a toda forma auténtica de cercanía. Quitar la posibilidad de la pérdida no libera al afecto. Lo vacía.

Aquella tarde, sola en el apartamento frente al puerto que seguía alquilando cuando estaba en Helsinki, con la vista del golfo oscureciendo lentamente en el crepúsculo de noviembre, Uga lloró.

No como resultado de una imitación cultural aprendida observando a los humanos durante décadas. No como acto deliberado de duelo. Lloró porque la ausencia de Eerikki había alterado verdaderamente su propia estructura interior, y porque comprender aquello más de veinte años después de su muerte no disminuía en nada la precisión del vacío con su forma, y porque estar en Helsinki sin él era una forma específica de estar en Helsinki que

ella no habría podido anticipar cuando llegó por primera vez a esta ciudad con el frío entrando por la ropa inadecuada y el ruido humano sobrepasando cualquier límite que hubiera conocido antes.

Lloró y no intentó dejar de llorar. Porque había aprendido, en todos esos años, que ciertas cosas no mejoran cuando uno las interrumpe. Que el llanto, como el duelo, como el amor, tiene su propio tiempo, y que respetarlo es también una forma de respetar a quien lo ha provocado.

Cuando terminó, permaneció sentada frente a la ventana oscura durante un tiempo largo.

Y mientras permanecía así, comprendió hasta qué punto la Tierra la había transformado. No solo en sus afectos ni solo en su percepción del mundo humano. En la estructura misma de lo que era. La experiencia humana había dejado de ser para ella un objeto externo de observación y se había convertido en el modo mismo dentro del cual habitaba el mundo, de manera tan profunda e irreversible que intentar separar lo que era antes de llegar de lo que era ahora era como intentar separar el río del lecho que lo ha formado: técnicamente distinguibles en teoría, completamente inseparables en la práctica.

No había forma de deshacer eso.

Ni tampoco quería.

Fuera, el golfo se había oscurecido por completo. Las luces de algún barco en la distancia se movían lentamente hacia el horizonte. Uga las observó hasta que desaparecieron y luego siguió mirando el lugar donde habían estado, porque había aprendido también eso: que la oscuridad que queda donde estuvo la luz merece ser vista un momento antes de darse la vuelta, que la ausencia tiene su propia forma y que esa forma también es real, que todo lo que ha existido deja algo aunque sea solamente el espacio con su silueta.

Eerikki había existido.

Y ese había era, a su manera, una forma de presencia que el tiempo no podía deshacer del todo.

Mañana por la mañana volvería a la biblioteca. No para buscar nada. Simplemente para estar allí, en ese lugar que olía a papel y a calefacción y a café de máquina, y dejar que eso fuera suficiente.

Porque a veces suficiente es exactamente la palabra correcta.

CAPÍTULO XII

Hogar

Varias ciudades. Décadas finales.

Hubo un momento en que Uga dejó de contar los años.

No porque los hubiera perdido de vista ni porque la continuidad temporal se le hubiera vuelto confusa, sino porque en algún punto había dejado de ser el eje alrededor del cual organizaba su experiencia. Antes contaba: tercer año en la Tierra, décima década, veinte años desde la muerte de Eerikki. Luego simplemente vivía, y los años pasaban con la misma naturalidad con que pasan para alguien que ha dejado de estar de visita y ha comenzado, sin anunciarlo, a quedarse.

La necesidad de comprender intelectualmente a la humanidad fue perdiendo progresivamente centralidad dentro de su vida. No porque las preguntas filosóficas que la habían acompañado desde Lal-etom hubieran desaparecido, sino porque lentamente había descubierto que algunas dimensiones esenciales de la existencia no necesitan resolverse completamente mediante sistemas conceptuales para adquirir significado real dentro de una conciencia. Había pasado décadas recorriendo el planeta intentando identificar aquello que volvía tan singular a la especie humana. Sin advertirlo del todo, había terminado aprendiendo algo mucho más simple y al mismo tiempo más profundo: que la experiencia de pertenecer a un lugar puede construirse a partir de continuidades cotidianas cuya importancia ninguna teoría abstracta consigue explicar plenamente.

El sonido de la lluvia sobre ciertos tejados que ya conocía. El cansancio agradable después de caminar por calles que sus pies reconocían antes que su mente. La compañía silenciosa de personas cuya presencia ya no necesitaba justificación intelectual. El modo en que el café de la mañana, en determinadas ciudades, sabe diferente dependiendo de la luz que entra por la ventana y del estado de ánimo con que uno lo bebe y de si hay alguien más en la habitación o no lo hay.

La Tierra había dejado de ser un objeto de estudio mucho antes de que ella misma aceptara conscientemente esa transformación.

Päivi murió un jueves de marzo, de madrugada, en Tampere, mientras dormía. Su hija le envió un mensaje a Uga esa misma mañana con la brevedad de quien está atravesando algo muy grande y no tiene energía para las palabras largas: *Mamá murió esta noche. Sé que eras importantes la una para la otra.*

Uga leyó el mensaje tres veces. Luego se quedó sentada durante un tiempo que no habría podido medir en el apartamento de Lisboa donde estaba ese mes, mirando por la ventana el río Tejo con su anchura y su luz particular, esa luz atlántica que es diferente de cualquier otra luz que hubiera visto en la Tierra.

Llamó a la hija de Päivi esa tarde.

—Gracias por avisarme —dijo.

—Ella me pidió que lo hiciera si pasaba algo —dijo la hija—. Tenía una lista. Usted estaba en ella.

—¿Puedo preguntarle cómo estaba en los últimos tiempos?

—Contenta —dijo la hija, y en su voz había algo que era tristeza y también orgullo, la mezcla particular de quien ha visto a alguien que quiere vivir bien hasta el final y lo ha conseguido—. Seguía leyendo. Seguía saliendo a caminar. Decía que había aprendido tarde a no desperdiciar los días buenos, pero que había aprendido.

Uga permaneció en silencio un momento.

—Era una persona extraordinaria —dijo.

—Lo sé —dijo la hija—. Aunque ella nunca lo habría dicho así.

—No. Ella habría dicho que era práctica.

La hija soltó una risa breve que contenía lágrimas.

—Exactamente eso habría dicho.

Colgó el teléfono y se quedó mirando el río durante un tiempo largo. El Tejo al atardecer tenía colores que cambiaban de minuto en minuto, como si el río no pudiera decidirse entre ser dorado o naranja o rojizo y hubiera optado por ser todas esas cosas a la vez en sucesión rápida. Päivi habría apreciado eso. Habría dicho algo preciso y seco y verdadero sobre los ríos que no pueden decidirse, y Uga habría reído, y luego habrían seguido en silencio porque después de cierto punto entre dos personas que se conocen bien el silencio es también una forma de conversación.

Ahora el silencio era otro.

Y sin embargo Päivi seguía allí de alguna manera. En la forma de pensar de Uga. En la tendencia que había adquirido con los años de ir directamente al centro de las cosas sin dar demasiados rodeos. En los libros que seguía leyendo con la atención que Päivi le había enseñado a prestar, esa atención que no busca confirmar lo que ya sabe sino que está genuinamente dispuesta a ser sorprendida.

Había aprendido eso de Päivi. Y Päivi lo llevaba ahora en ella.

La Tierra le había enseñado muchas cosas de muchas maneras distintas. Pero quizá lo más importante que le había enseñado era esto: que los seres que importan no desaparecen del todo cuando mueren. Desaparecen del mundo exterior. Permanecen en el interior de quienes los quisieron, en forma de hábitos, de reflejos, de maneras de ver, de pequeñas inclinaciones que uno ni siquiera reconoce como herencia hasta que alguien se lo señala o hasta que uno mismo, en un momento de quietud, nota que está haciendo algo de una manera que aprendió de alguien que ya no está.

Era una forma de inmortalidad. No la inmortalidad que los Ak-zal habían intentado alcanzar con sus cápsulas de latencia cuántica, esa inmortalidad técnica y perfecta y completamente vacía de experiencia. Otra: incompleta, fragmentaria, distribuida en decenas de conciencias que conservaban cada una un trozo diferente de quien había sido una persona. Imperfecta como todo lo humano. Real como todo lo humano.

A veces, en las noches claras, seguía observando el cielo e identificando estrellas, rutas interestelares, regiones cósmicas que ningún ser humano conocía todavía. Era un hábito que no había perdido, quizá porque era la única actividad que le recordaba con claridad quién había sido antes de la Tierra, la única ventana que seguía abierta hacia aquella otra vida. Entonces recordaba la estabilidad emocional de su especie, la inmensidad silenciosa del universo, la antigua convicción de que la conciencia debía aspirar a trascender el sufrimiento y alcanzar una serenidad que fuera independiente de las circunstancias externas.

Y ya no podía creerlo.

No porque la idea fuera falsa en abstracto. Sino porque sabía ahora, con una certeza que ningún argumento filosófico podía producir pero que la experiencia de décadas en la Tierra había vuelto incontrovertible, que la serenidad independiente de las circunstancias externas era también una serenidad independiente de las personas. Y una serenidad independiente de las personas era una serenidad que no tenía nada que perder. Y una serenidad que no tenía nada que perder no era serenidad. Era simplemente vacío con otro nombre.

Los Ak-zal habían llegado allí. Y ella había huido de allí.

Y la humanidad, con toda su incoherencia y su violencia y su incapacidad obstinada de aprender de sus propios errores, seguía construyendo vínculos aun sabiendo que terminarían desapareciendo, seguía amando aun sabiendo que perdería, seguía creando sentido dentro de un universo que jamás le ofrecía garantías sobre si ese sentido era real o ilusorio.

Y precisamente esa ausencia de garantías definitivas volvía extraordinariamente valiosos los pequeños actos de cercanía cotidiana. El mensaje de la hija de Päivi. Las anémonas azules que Päivi compraba en el mercado cubierto. El café caliente que dos personas compartían sin decir nada porque no necesitaban decir nada. La lista que Päivi había dejado con los nombres de las personas a quienes avisar si pasaba algo, y el nombre de Uga en esa lista.

Una noche de verano, en una ciudad tranquila del sur de Portugal donde se había instalado durante algunos meses —una ciudad pequeña, blanca, con calles empedradas y una plaza con naranjos y una biblioteca municipal que tenía tres lectores habituales y donde la bibliotecaria la conocía ya por el nombre—, Uga salió a caminar después de la cena con la intención de llegar hasta el promontorio que miraba al mar.

La noche era tibia y sin nubes y el cielo estaba lleno de estrellas con esa generosidad específica que tienen los cielos de los lugares pequeños donde la luz artificial no compite con la oscuridad.

Se sentó en una piedra en el borde del promontorio y miró el mar durante un tiempo largo. El Atlántico de noche era negro e infinito y producía un sonido constante y sin urgencia, el sonido de algo que lleva existiendo mucho más tiempo que cualquier cosa que pudiera nombrarse y que

seguirá existiendo mucho después de que todo lo nombrable haya desaparecido.

Pensó en Lal-etom.

No con la disciplina filosófica de quien examina un objeto de estudio ni con la melancolía aguda de quien llora una pérdida reciente. Con la ternura específica con que se piensa en algo que fue real y ya no existe pero que forma parte de lo que uno es de maneras que ya no pueden deshacerse. Los paisajes ardientes. Los colores que no tenían equivalente en ningún otro lugar que hubiera visto. Las presencias mentales de los Ak-zal, con sus texturas particulares y su forma de habitar el silencio compartido.

Había habido un tiempo en que pensar en Lal-etom le dolía con la intensidad de algo que no había terminado de aceptar. Luego había habido un tiempo en que le dolía con la intensidad de algo aceptado pero no superado. Ahora le dolía de otra manera: con la intensidad serena y sostenida de algo que forma parte de lo que uno es y que por eso duele, y que duele exactamente porque formó parte de lo que uno era y lo sigue formando de maneras que ninguna distancia puede borrar del todo.

Lal-etom existía dentro de ella como existían dentro de ella Eerikki y Päivi y todos los demás: en forma de espacio con su silueta, de presencia de un tipo particular, de algo que había sido y cuyo haber sido era irreversible.

Y comprendió finalmente, sentada en esa piedra en el borde del promontorio con el Atlántico negro y sin fondo extendiéndose ante ella, que el hogar nunca había sido únicamente un planeta ni una localización física específica ni siquiera una época determinada de la propia vida.

Era el conjunto de presencias, vínculos y experiencias cuya pérdida resultaría emocionalmente insoportable. Era la acumulación de todo aquello que había dejado su marca dentro de ella de maneras que ya no podían deshacerse. Era Lal-etom y era Helsinki y era Eerikki y era Päivi y era el olor a copal en Oaxaca y el Ganges al amanecer y el suspiro de la anciana en Naoshima y el hombre de los vasos de plástico en Barcelona y Bernardo con sus jitomates de la mañana y Elias mirando por la ventana hacia el edificio que ya no estaba.

Todo eso era el hogar.

Y el hogar estaba dentro de ella.

Y por eso, en el sentido más real y más irrefutable que había aprendido en la Tierra, no estaba sola.

Volvió caminando por las calles empedradas bajo los naranjos de la plaza, con el olor del mar todavía en la ropa y las estrellas todavía sobre la cabeza, y pensó que mañana pasaría por la biblioteca a devolverle a la bibliotecaria el libro que le había prestado la semana anterior, y que quizá se quedaría un rato conversando si ella tenía tiempo, y que luego iría al café de la esquina donde servían el mejor café de la ciudad aunque la

decoración fuera discutible, y que todo eso era perfectamente ordinario y perfectamente suficiente.

Que suficiente, después de todo lo que había aprendido, era la palabra más exacta que existía.

EPÍLOGO

Lo que el universo no sabe todavía

Muy lejos de la Tierra, dispersas a través de regiones oscuras del espacio profundo, las cápsulas de latencia Ak-zal continuaban desplazándose silenciosamente.

Millones de conciencias suspendidas. Millones de patrones mentales preservados con una fidelidad extraordinaria, a la espera del surgimiento de nuevas condiciones donde la civilización pudiera reanudarse. Dentro de cada cápsula, el tiempo no pasaba. Las conciencias no experimentaban la espera porque habían sido configuradas para no experimentar nada hasta que las condiciones externas fueran las adecuadas. Era la solución perfecta a un problema insoportable, y era también, aunque nadie dentro de esas cápsulas pudiera saberlo, una forma muy elaborada de no estar en ningún lugar.

Ninguna de aquellas conciencias sabía que una de las suyos había seguido un camino distinto.

Ninguna sabía lo que había encontrado.

Y eso era, quizá, lo más extraño de todo: que la transformación más significativa que le había ocurrido a ningún Ak-zal en eras enteras no quedaría registrada en ningún archivo colectivo, no formaría parte de ninguna memoria compartida, no modificaría en nada los protocolos de exploración ni las categorías filosóficas con que la civilización había clasificado durante milenios las formas de vida inteligente del universo. Simplemente había ocurrido, dentro de una conciencia individual, en un planeta periférico, a lo largo de décadas que a ninguna escala cósmica significaban nada.

Salvo para quien las había vivido.

Salvo para Eerikki, que nunca supo que la persona con quien compartía el silencio de las mañanas no era exactamente lo que parecía, y que la quiso de todas formas con la misma sencillez con que quería todo lo demás.

Salvo para Päivi, que lo sabía o lo intuía o simplemente había decidido que no importaba lo suficiente para preguntarlo, y que le había dejado libros sin nota y chocolate en los momentos difíciles y un lugar en la lista de personas a quienes avisar si pasaba algo.

Salvo para todos los demás cuyos nombres Uga llevaba dentro como se llevan las cosas que han dejado su marca de manera irreversible: sin

esfuerzo, sin necesidad de recordarlos conscientemente, simplemente ahí, formando parte de lo que era.

El universo continuaba expandiéndose con la misma indiferencia con que las estrellas nacían y desaparecían desde hacía miles de millones de años. Sin registrar en ninguna parte la existencia de aquella pequeña especie que, sobre la superficie de un mundo periférico, seguía amando, sufriendo, construyendo vínculos breves dentro de vidas extraordinariamente frágiles, señalando escaparates cerrados un domingo por la mañana, comprando anémonas azules en mercados cubiertos, compartiendo el silencio con personas que subían cada mañana de un sótano con un termo de café.

Sin registrar tampoco la existencia de Uga-siel, que había llegado para estudiarlos y había terminado siendo, en el sentido más completo e irreversible de la palabra, una de ellos.

Tal vez ninguna conciencia superior observaría jamás cuanto había ocurrido allí.

Tal vez la Tierra desaparecería algún día sin dejar huella en la memoria del cosmos, de la misma manera en que Lal-etom había desaparecido sin que el universo modificara en nada su expansión indiferente.

Pero en algún lugar del planeta, en este mismo momento, alguien estaba mirando el cielo nocturno con la misma pregunta que los humanos se habían formulado siempre: si estaban solos. Si había algo más allá de lo visible. Si alguien, en alguna otra parte del universo, los estaba mirando también a ellos y pensando en ellos con algo parecido al afecto.

Y la respuesta era sí.

Había habido alguien que llegó de muy lejos, que los estudió con la distancia de quien cree que entender es posible desde afuera, y que terminó comprendiendo que no lo era. Que cruzó la frontera. Que dejó de ser observadora y se convirtió en parte de lo que observaba. Que aprendió a llorar y a quedarse en el sótano vacío donde alguien estuvo, y a dejar libros sin nota sobre el mostrador, y a guardar números de teléfono por si acaso, y a sentarse en una piedra junto al mar a pensar en todo lo que fue y ya no es pero que sigue siendo de otra manera.

Que encontró el hogar donde menos lo esperaba.

Que no regresó.

Y que tampoco quiso.

Aunque eso, como tantas otras cosas importantes que ocurren dentro de las conciencias individuales en planetas periféricos durante décadas que a ninguna escala cósmica significan nada, el universo nunca lo sabría.

Solamente los que estuvieron.

Solamente los que estuvieron.